

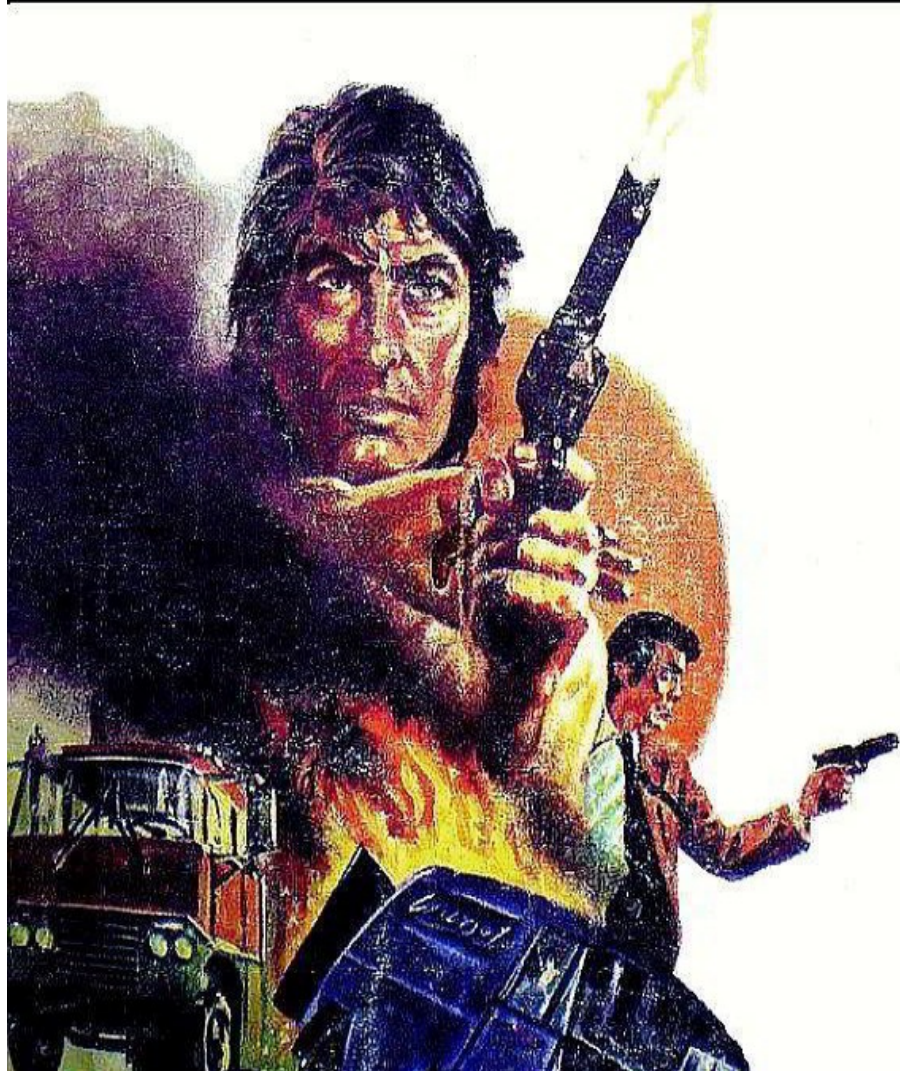
BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

A CIEGAS POR ENTRE LAS BRUMAS

Kelltom McIntire



Llegó a Delvis a las tres de la tarde. El día era caluroso, tórrido, y el viejo «Nash» color negro quemaba.

Bajo el capó, hervía el agua en el radiador. Olía a aceite hirviendo, a gasolina, a sudor.

Briam Dukes bajó del viejo automóvil y dirigió una ojeada al almacén de maderas, al próximo cementerio situado sobre una colina, a la estación de servicio junto a la polvorienta carreta.

Luego, sus ojos se posaron sobre la recia silueta del anciano que hundía su mentón en el pecho, dormido al parecer bajo la sombra del toldo de un negocio de bebidas.



Kelltom McIntire

A ciegas por entre las brumas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1396

ePub r1.0

Lds 30.10.18

Título original: *A ciegas por entre las brumas*

Kelltom McIntire, 1977

Cubierta: Salvador Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Llegó a Delvis a las tres de la tarde. El día era caluroso, tórrido, y el viejo «Nash» color negro quemaba.

Bajo el capó, hervía el agua en el radiador. Olía a aceite hirviendo, a gasolina, a sudor.

Briam Dukes bajó del viejo automóvil y dirigió una ojeada al almacén de maderas, al próximo cementerio situado sobre una colina, a la estación de servicio junto a la polvorienta carreta.

Luego, sus ojos se posaron sobre la recia silueta del anciano que hundía su mentón en el pecho, dormido al parecer bajo la sombra del toldo de un negocio de bebidas.

El viejo se despertó al escuchar el rumor de los pasos de Briam. Entornó los párpados, pues el sol de agosto deslumbraba, y miró al joven que llegaba.

—¿Qué hay, viejo? —dijo Briam, y se dejó caer desmayadamente sobre uno de los sillones metálicos, a su lado.

—Hola. —Respondió el anciano, perezosamente. Y volvió, a observarle.

—¿Qué pasa por aquí? —preguntó el recién llegado, mientras buscaba inútilmente un cigarrillo en los bolsillos de su gastada cazadora de algodón azul.

—¿No eres tú Briam, Briam Dukes? —respondió el viejo, más animado.

—Soy Briam Dukes, es cierto.

El anciano se puso en pie, y tornó a mirarle.

—Sí..., ¡eres tú! ¡Es increíble! —exclamó. Y volvió a sentarse.

—Vamos, vamos, Sam. No soy un fantasma. Tóqueme, pálpeme, si quiere. Soy Briam Dukes. Y estoy vivo.

Los arrugados párpados volvieron a entornarse.

—Me dijeron que habías muerto... en la cárcel, Briam —dijo.

Duke dejó escapar una carcajada.

—¡En la cárcel! Siempre dije que la cárcel no podría conmigo. Y aquí estoy. ¿Tiene un cigarrillo, Sam?

Fumaron.

—¿Cuánto tiempo, Briam, cuánto tiempo pasaste allí? —preguntó Sam, sin abrir los párpados.

—Doce años —respondió Briam, sin acento.

—¡Doce años! Apenas eras un chico cuando te llevaron a la penitenciaría del estado.

¿Cuántos años tienes ahora, Briam?

—Treinta.

—Tienes muy mal aspecto, muchacho. Has envejecido aprisa —observó Sam, entristecido.

Briam Dukes no dijo nada.

¿Para qué explicar a aquel anciano lo que significan doce años de prisión?

Alzó los ojos al cielo azul. Había relajado sus músculos y combado la delgada espalda.

Dukes descansaba.

Del bar-restaurant próximo llegaba el aroma a filetes a la plancha, a salchichas guisadas, a vino y a cerveza.

Tenía el estómago vacío, pero no tenía dinero. Los ahorros de la cárcel habían desaparecido en la compra del viejo «Nash» y en un centenar de litros de gasolina. —¿Duermes, Briam?— preguntó el viejo, tomándole por el hombro—. Te decía que Jessie Freeman se casó con un tal Dan Forrest.

Briam abrió los ojos y le miró. Sus prematuras arrugas parecían más hondas ahora. Así que Jessie se había casado. Con un viejo. Porque Forrest era viejo ya cuando Briam ingresó en prisión.

—Forrest tenía una salud muy endeble, pero tenía mucho dinero, amigo mío —dijo Sam, como si tuviera la virtud de adivinar sus pensamientos.

—No puedo creerlo —murmuró Dukes, como si hablase consigo mismo—. Jessie casada con un viejo enfermo...

—Así es. Pero Forrest murió hace tres años. Un fallo cardíaco. Y Jessie heredó toda su fortuna. Ahora, es rica.

Briam volvió a cerrar los ojos.

Sentía una terrible opresión en el pecho. Y se sentía fatigado, mortalmente cansado, exhausto y hambriento.

Se había gastado quince dólares en comprar una pequeña pistola automática, antes de emprender el camino a Delvis.

¿Para qué quería la pistola?

Lo mejor sería aproximar el cañón a su propia sien, y acabar con la amargura que ponía el desagradable escozor en sus ojos y dificultaba su respiración.

—Te veo mal, muy mal, Briam —observó el viejo, que seguía observándole con interés—. Nadie diría que tienes treinta años. Pareces viejo, muy viejo.

Briam no se sentía ofendido por las palabras del viejo Sam. Porque aquel hombre decía, simplemente, la verdad.

—Pobre muchacho —seguía diciendo Sam—. Las cosas no han ido muy bien para ti. En cambio...

Briam pensaba ahora en Jessie Freeman. Con los ojos cerrados, podía ver su silueta esbelta, de diosa pagana; sus ojos negros y tiernos; sus labios frescos, juveniles, su talle flexible...

Desde el bar llegaban, nítidas, las palabras del locutor de televisión, que hablaba de las elecciones a la presidencia del estado, del equilibrio de votos entre Carter y Ford.

Briam recordaba las caricias de Jessie, sus manos suaves, frescas, finas, entrañables, que tantas veces rodearan su rostro.

Abrió los ojos de nuevo, asustado por el repentino estrépito. Un gran camión articulado pasó por la carretera.

«DEVINE. Pinturas, barnices, lacas, esmaltes», decía el gran rótulo pintado con todos los colores del arco iris al costado del camión.

—Lo que te decía —oyó a Sam—. Bob Devine, en cambio, se ha enriquecido. Ahora posee una importante fábrica de pinturas y seis camiones como el que acaba de pasar.

—¿Devine, Bob Devine? —preguntó Briam, súbitamente interesado en las palabras del viejo.

Sam rió, sarcástico.

—No creo que puedas haberlo olvidado. Tú conducías uno de sus camiones cuando... —Siga, Sam.

—No quiero hacerte más amargas las cosas, Briam. Iba a decir... cuando tú mataste a Bill Crane. Devine comenzaba entonces su negocio. Y creo que tú le ayudaste mucho. Se ha vuelto orgulloso, y

siempre va de un sitio a otro conduciendo un automóvil de quince mil dólares. Anda detrás de Jessie Forrest.

—¿Qué quiere decir? —El larguirucho Briam estaba pálido, más pálido que un rato antes, cuando salió de su viejo automóvil candente.

—La persigue, ¿entiendes? Tal vez quiera casarse con ella, tal vez no. Devine posee dinero suficiente para conseguir cualquier capricho. Y Jessie, por otra parte, es una mujer muy hermosa.

Así que Devine andaba tras las faldas de la viuda Jessie Forrest...

Briam dejó caer la cabeza sobre el pecho. El viejo entendió que asentía a sus palabras, pero lo cierto era que Dukes se sentía al borde de sus fuerzas.

Eran casi las cuatro de la tarde, y no había comido desde la noche anterior.

—Vamos, vamos, Briam... Sé que todo esto te duele. Quizá no debí hablarte de ello —decía Sam, zarandeándole amistosamente—. Pobre muchacho, creo que necesitas comer. ¿No tienes dinero? No importa, el viejo Sam te invitará a comer. Vamos, ponte en pie. Entraremos ahí: sirven bien. Yo también tengo hambre, diablos. Pero ¿qué te ocurre?

Apenas tienes fuerzas para caminar, muchacho.

Caminaron juntos hasta la entrada del restaurante. Briam arrastraba sus gastados zapatos como un muñeco inarticulado.

—Te tengo estima, ¿sabes, Briam? Eras muy joven, y ganabas fácilmente el dinero, pero no te duraba mucho en los bolsillos. ¿Recuerdas cuando vinieron a embargarme mi casa? Tú me prestaste los ochocientos dólares que necesitaba para evitar el embargo... ¡Y nunca admitiste que te los devolviera!

Penetraron en el bar. Había aire acondicionado, y la temperatura era muy agradable.

Pasaron junto a dos hombretones que comían en la barra, y uno de ellos preguntó a Sam:

—¿Quién es ése, viejo? ¿Te dedicas ahora a recoger a los vagabundos extenuados? —bromeó uno de ellos.

—Es un viejo amigo —respondió Sam, disgustado—. Se siente enfermo.

Briam se apoyó sobre la barra. Estaba en los huesos, pero era

muy alto, y poseía un esqueleto ancho y duro.

Miró de reojo a aquellos hombres. Eran camioneros, bastaba echarles una ojeada.

Briam los reconoció, aunque habían pasado doce años. Los otros, sin embargo, no demostraron conocerle.

«¡Dios mío! —pensó Dukes—. ¿Tanto he cambiado para que Lewis y Polson no puedan reconocermes?».

Tampoco le reconoció Paul Weston, el dueño del negocio, que se encontraba junto a la caja.

Entretanto, Sam había encargado la comida al camarero:

—Chuletas, pollo, ensalada, cerveza pan... Todo en abundancia. Estamos hambrientos.

Era agradable contar con la amistad de Sam. Era muy parlanchín, desde luego, pero a Briam le gustaba.

El camarero puso dos enormes jarras de fría cerveza ante ellos, pero Briam no la probó hasta que hubo devorado toda la comida que había en su bandeja. Sólo entonces bebió lentamente hasta vaciar su jarra.

El brillo volvía a sus ojos, las prematuras arrugas parecían distenderse un tanto: la vitalidad volvía lentamente a él.

—¿Has visto a esos dos? —dijo Sam, en voz baja—. Trabajan para Devine. Gastan el dinero a manos llenas, y parece que se van a comer al mundo. Se diría que Devine tiene la capacidad de convertirlo todo en oro.

El camarero trajo nuevas jarras de cerveza, y dos abundantes raciones de ensalada.

Briam comía ahora más despacio, gozando del sabor de la comida y probando, de cuando en cuando, un trago de fresquísima cerveza.

Sam pidió dos paquetes de cigarrillos, y le tendió uno.

—Quédatelo. Y toma esto —le entregaba discretamente unos billetes bajo la barra—. No es mucho, pero tendrás para un par de días.

Los ojos azules de Dukes se humedecieron un poco. Guardó el dinero y encendió un cigarrillo. El tabaco sabía mejor ahora, tras la comida; el humo era más denso y aromático.

Expelió una gran bocanada de humo y miró a Sam.

—Viejo, le debo la vida —exclamó.

Sam sonrió.

—Exageras, muchacho. ¿Sabes una cosa? Pensé muchas veces en ti. Imaginaba que debías estar pasándolo muy mal en la prisión. Y creo que acertaba.

—Sí... Fue muy malo todo; muy largo y penoso. Pero he vuelto. Y estoy vivo.

—¡Pues claro! ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Buscaré trabajo, conduciré un camión, ya veremos —respondió Briam, evasivo.

Dejaron transcurrir el tiempo, mientras fumaban un par de cigarrillos y paladeaban sin prisa el café negro.

A Briam comenzaron a pesarle los párpados. Había salido de viaje a las cinco de la madrugada, y la comida en el estómago le adormilaba.

—¿Qué tal una buena siesta? —dijo Sam. Desde luego, aquel viejo era un tipo clarividente—. Vente conmigo. A las cinco tengo que hacerme cargo de la vigilancia en el Banco. Tengo allí un cuartito, y hay dos camas. Podrás dormir cuanto quieras, tranquilamente. Vamos, Briam, muchacho. Te estás cayendo de sueño.

CAPÍTULO II

Tuvo un sueño agitado, una pesadilla estremecedora, terrible.

Bob Devine aparecía una y otra vez, gritándole de forma obsesiva:

—¡Mátale, Briam! ¡Acaba con él!

¿Matar a quién, acabar con quién...?

La silueta recia y maciza de Bill Crane irrumpió en su sueño.

Crane aparecía rodeado de una aureola rojiza. Rojo de... sangre. ¡Estaba empapado en sangre!

—¡Mátale, mátale! ¡Clávale esa navaja! —resonaba la voz de Devine, diabólicamente insistente.

Briam no había matado jamás.

Y todo su ser se resistía a utilizar la brillante navaja automática que apretaba entre sus dedos crispados.

—¡Mátale! O él te matará a ti, estúpido.

La mano de Briam, armada del cuchillo, ascendía lentamente, como en una loca secuencia proyectada a cámara lenta.

Veía el destello del acero bruñido dibujando un arco brillante en el aire.

Crane gritaba, chillaba de forma tan estridente que hería los tímpanos.

Luego, Bill caía muy despacio, de espaldas, y quedaba inmóvil sobre el piso de cemento del garaje.

Bill, aureolado de rojo en el suelo, Bill, empapado en sangre, con aquella espantosa mueca en sus facciones brutales.

Briam se agitaba en el lecho. Todo su ser rehuía aquella escena maldita. Pero las imágenes volvían a repetirse locamente. Una, cinco, diez veces, Bill Crane gritaba su alarido agónico, caía de espaldas y la sangre le envolvía...

De pronto, el alarido cesaba. Silencio absoluto.

Y luego, la carcajada de Bob Devine.

—¡Bravo, Briam! Siempre dije que eras un hombre con corazón.
Un tipo de una pieza, sí, señor.

Y luego:

—Le has matado, Briam.

—¡Le has matado!

—¡¡LE HAS MATADO!!

—¡No, yo no quería! Pero él... Tú...

—No utilices la modestia, Briam. Sabía que podrías con ese cobarde de Bill. Ahora, Bill está muerto.

—Pero yo no soy un asesino. El...

—No tienes que preocuparte. Diremos a la policía que le mataste en defensa propia.

¡Sí, eso es lo que diremos!

—Pero... ¡es la verdad! Crane tenía un revólver, y lo hubiera utilizado.

—Yo vacié de pólvora las balas de su revólver. Encontré el arma en la cabina de su camión y temí lo que iba a pasar. ¡*Entiéndelo*, Briam! ¡Él no podía matarte! ¡Las balas de su revólver estaban vacías...!

Bob reía interminablemente. Era una risa burlona, sarcástica, desagradable.

—Pero yo no lo sabía. Vi el revólver en su mano y pensé...

—¡Ja, ja, ja, ja...! ¿Para qué fingir, entre nosotros? Has matado a Crane, *le has asesinado*, pero eso no debe importarte. Porque yo diré que Bill te provocó, te insultó e intentó matarte a tiros.

—¡Cállate! Si he matado a Crane, fue por tu culpa. Me dijiste que Bill andaba gritando por ahí que se había acostado con Jessie, me hiciste fumar esa porquería de marihuana, me enloqueciste, me empujaste contra Crane. ¡Eres un canalla, Bob, ahora lo comprendo! Querías deshacerte de Bill, por alguna causa que sólo tú conoces. Y lo has conseguido. ¡Cerdo...!

—Es posible que yo sea un canalla, un cerdo, ¡lo que quieras! Pero tú eres un imbécil.

—Imagínate que fuese a la policía y declarase que has asesinado a Bill a traición. —¿Serías capaz, Bob? Dime, ¿serías capaz?

Silencio.

Un silencio tenso, angustioso, insoportable.

Y luego:

—¡Ja, ja! Pero ¿no lo comprendes, Briam? Ha sido una broma. Pero ahora... Toma por los tobillos el cadáver de Bill y arrástralo fuera, hasta el descampado. Lo mejor será rociarlo de gasolina y quemarlo. Frecuentemente, los chicos arman ahí detrás grandes hogueras, por lo que ésta no llamará demasiado la atención. Así desaparecerá toda prueba y... nadie podrá acusarte jamás.

Briam se tambaleaba, la silueta de Devine se difuminaba, bamboleaba, desaparecía, para volver de la misma y enloquecedora forma: distorsionada, vibrante, impalpable.

—¡No, no cometeré esa salvajada! Voy a hacer algo mejor. Me presentaré a la policía y declararé que he matado a Bill Crane.

El rostro de Devine avanzó y creció monstruosamente ante sus ojos.

—¿Estás loco? Serías condenado a morir, Briam. En este estado no ha sido derogada la pena de muerte todavía. Sería un terrible error, un error que no permitiré cometas.

—No me fío de ti, Bob. Hay quien dice por ahí que tú rompiste los frenos del camión de Jerry Thompson para que se estrellara y... Jerry cayó con el vehículo que conducía a un barranco y murió. Calcinado. Ignoro por qué deseabas su muerte, pero... tengo la sensación de que estás involucrándome en algo diabólico y terrible.

Las carcajadas de Devine atronaron el garaje.

—Deliras, querido Briam. Todo eso son patrañas. Hazme caso, sé razonable. Yo te protegeré. ¿Por qué tienes tú que pagar con la muerte o con la cadena perpetua? Bill era un fanfarrón, un abusón, se creía más fuerte y más hombre que nadie. Ahora está muerto. Arreglemos las cosas, déjame que me ocupe de ti...

El rostro sonriente de Bob Devine se fue esfumando lentamente hasta desaparecer.

Ante las retinas de Briam Dukes sólo permanecía, con horrible fijeza, la visión del enorme cuerpo de Bill Crane tendido en mitad de aquel charco de sangre que semejava una gran laguna roja.

* * *

Era de noche ya.

Por la ventana penetraba el resplandor lechoso de las lámparas de vapor de mercurio del alumbrado público.

Se oyó una conversación apagada, siseante.

Dukes se agitó en la cama y siguió durmiendo.

Dos siluetas aparecieron en la puerta. Melenas largas, parcialmente ocultas bajo los cascos de motoristas.

Los rostros aparecían velados por el visor de plástico oscuro.

Dukes volvió a agitarse, y murmuró algo entre dientes.

—Déjale, Dick. Ése pobre loco está soñando —susurró uno de ellos, que llevaba una pesada bolsa de plástico en la mano izquierda.

Unas manos enguantadas tocaron el rostro bañado en sudor de Briam Dukes.

—No me fío. Podría estar fingiendo para salvar la vida.

Dukes despertó. Y se sintió aterrado.

—Vámonos, Dick.

—No me fío, Artie. Es mejor no dejar posibles testigos, ¿no? Una puñalada en el corazón y... ¡zas!, el pobre loco no sentirá nada. ¿Quién crees tú que será?

El otro se encogió de hombros.

—¿Cómo diablos puedo saberlo? La última vez que vinimos a Delvis, sólo había un vigilante: el viejo. Vamos, larguémonos ahora, Dick.

—No sé —y la voz reflejaba duda—. Si nos hemos «cargado» al viejo, ¿por qué dejar a éste?

—Son las diez —gruñó el otro, nervioso—. Sabes que un policía se acercará a ver al viejo dentro de quince minutos. Pueden encontrar nuestras motos en el callejón... ¡Si nos sorprendieran aquí!

—Está bien, vamos. Pero...

Briam Dukes abrió los ojos con precaución. Estaba solo.

Bruscamente, el sopor y, la torpeza propios de su pesado sueño se esfumaron, y en el mismo momento se sintió despierto y ágil.

Una sola idea estaba en su mente... ¡Habían asesinado al pobre Sam!

Se sentía aterrado. ¿Tendría que afrontar de nuevo la violencia y la angustia, las escenas sangrientas, el horror y el pánico?

Corrió hacia la puerta que daba al callejón. La gruesa hoja

metálica estaba entornada; posiblemente, la habían descerrajado o usado una llave falsa.

Miró hacia la calle y los vio: dos individuos delgados y ágiles — posiblemente, hombres muy jóvenes— sujetaban con urgencia la gran bolsa de plástico sobre el depósito de combustible de una de las dos potentes motos, y se disponían a huir.

Ya se aprestaban a arrancar los motores, cuando detrás de ellos resonó la voz de Briam Dukes:

—¿Se marchan sin despedirse, caballeros?

El que estaba sujetando la bolsa con un cordón elástico, se volvió y murmuró una blasfemia.

Súbitamente, su mano derecha apareció armada con una navaja automática.

Se oyó un «clic» con resonancias metálicas de potente muelle, y una hoja de acero perforó el aire, pasó rozando los cabellos de Dukes y se estrelló contra la puerta metálica del Banco.

El segundo motorista dio un pedalazo, y el motor rugió.

Entonces Briam elevó su pequeña pistola, y comenzó a disparar.

Los neumáticos de las dos motocicletas se deshincharon, con un silbido apagado.

—Deje caer esa navaja al suelo —ordenó Dukes—. Y arrójense al suelo o tiraré a matar. Todavía tengo ocho cartuchos en el cargador.

El de la navaja arrojó el arma, con ira, a varios metros de distancia. Y luego, ambos, dejaron caer las motos y se tendieron boca abajo.

Un *jeep* de la policía penetró en el callejón algunos minutos después. Dos agentes de uniforme se arrojaron fuera del vehículo, desabrocharon sus pistolas y se acercaron a Dukes.

—¿Qué ha ocurrido aquí? Deme esa pistola —exigió el que llevaba la estrella de comisario prendida en la camisa.

Dukes se dejó arrebatar el arma.

—Sam me invitó a dormir la siesta en su cuarto de vigilancia. Yo tenía mucho sueño, y no desperté hasta que esos dos individuos penetraron en la habitación en que yo dormía —explicó.

—¡Te lo advertí, estúpido, te lo advertí! ¡Debimos matar a ése también! —chilló, histérico, uno de los atracadores, a los que estaba esposando ya el otro policía.

—¿Qué pasó? —inquirió el comisario, impaciente.

—Les oí cuchichear. Estaban indecisos entre matarme a puñaladas o marcharse pero se decidieron por lo último. En cuanto salieron, me levanté, corrí hasta aquí y... ¡pero todo eso puedo explicárselo después! Ahora lo que urge es comprobar si el pobre Sam está con vida aún. ¡Llame a una ambulancia, haga venir al médico!

El comisario le miró a los ojos.

—Creo que tiene usted razón —respondió—. ¡Packard! Esposa a esos tipos al *jeep*, y avisa a la ambulancia y al médico. Sam puede estar muy grave. ¿Quién es usted? —preguntó, volviéndose de nuevo hacia Dukes.

—Briam Dukes. Sam es un viejo amigo.

—No le conozco. ¿Vive en Delvis?

—Vivía... hace doce años. Me he pasado todo ese tiempo en la cárcel.

El policía le observó, desconcertado.

—Está bien. Después hablaremos de todo eso. Entre conmigo ahora. Vamos —le empujó, sin violencia.

Corrieron pasillo adelante, y atravesaron las dependencias técnicas hasta llegar junto al arca blindada.

Allí, tendido en el suelo, estaba el corpulento Sam. Tenía dos puñaladas en la espalda y apenas respiraba.

Pocos minutos más tarde llegó el médico, dos sanitarios y el director del Banco.

Packard, el policía, les seguía, portando una voluminosa bolsa de plástico.

El cuerpo de Sam fue colocado sobre una camilla, y la ambulancia se lo llevó.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Fletcher, el director del Banco, cuando quedaron solos. Y señalaba al espigado Briam Dukes.

—Se llama Dukes. Sam le permitió que durmiera la siesta en su cuarto —explicó el comisario.

—Y, posiblemente, este hombre abrió la puerta a los otros para permitirles entrar —comentó Fletcher, furioso—. No creo que las cosas vayan muy bien para Sam. Si se salva, le despediré.

El policía le miró con frialdad.

—Si Sam no hubiera invitado a Dukes a dormir la siesta aquí, a esta hora no tendría usted el dinero, señor Fletcher. Porque fue

Dukes precisamente quien detuvo a los atracadores y salvó su dinero.

—Casi nada —dijo Packard con un elocuente bufido—. Casi un millón de dólares.

Mañana es sábado, comisario.

Fletcher miró a Dukes y bajó los ojos.

—Lo siento, señor Dukes. Confieso que me he precipitado —dijo.

Dukes se encogió de hombros.

Dolan, el comisario, tomó por un brazo a Briam.

—Venga conmigo al cuartel. Tengo que hablar con usted —dijo.

Salieron.

Packard se les unió en la calle.

CAPÍTULO III

Dolan se restregó los enrojecidos párpados. El comisario y Dukes llevaban tres horas encerrados en aquel despacho.

—Sí, recuerdo todo eso —dijo el policía con voz cansada—. Yo no era comisario entonces, sino un simple policía. Le recogimos a usted en plena calle. Estaba... borracho, tenía un paquete de marihuana en el bolsillo, y también una navaja automática con huellas de sangre reciente.

Briam apagó el cigarrillo sobre el cenicero repleto de colillas.

—Eso me dijeron —respondió—. Pero la navaja no era mía; yo jamás utilicé una de esas armas.

Dolan no hizo ningún comentario. Entonces, Briam se puso en pie y dijo:

—He cumplido mi condena, comisario. Usted mismo ha podido ver el certificado de la prisión. Supongo que puedo irme...

El policía le ofreció un cigarrillo.

—No sé por qué razón, Dukes, pero simpatizo con usted. Naturalmente, tiene derecho a marcharse e incluso a fijar su residencia donde le plazca. Pero ¿no se sentirá incómodo en Delvis? La hermana de Crane, Sarah, vive aquí. Y también muchos amigos de Bill. Para las gentes de esta ciudad, usted es... un asesino, un ex presidiario, un hombre peligroso, del que todos recelarán. ¿No cree que podría enderezar su vida mejor en otra ciudad cualquiera?

Briam le miró, impávido.

—Pienso vivir en Delvis, comisario. Yo nací aquí, y aquí quiero seguir. ¿Piensa devolverme mi pistola?

—No. Usted no posee autorización para llevar armas. En realidad, debería detenerle por ello, pero lo olvidaré en consideración a que usted impidió que Dick Bonder y Artie Katsum

huyeran con su botín. Puede marcharse. Buenas noches, Dukes, y sea sensato.

Briam abandonó la comisaría y salió a la calle.

Se detuvo para aspirar la fresca brisa que soplaba en aquel instante.

Sus ojos recorrieron los modernos edificios de la plaza, el templo católico, los sicómoros y sauces que daban fresca sombra en verano, las tiendas, las oficinas de la empresa Devine...

Delvis había crecido mucho en aquellos doce años. Habían surgido nuevos y aiosos edificios, almacenes, fábricas, mataderos, negocios de toda índole.

Terminó de fumar su cigarrillo, y lo aplastó en el suelo con la puntera del zapato.

Pensó en Jessie. Hermosa y fragante Jessie, que ahora era viuda de Forrest, aquel viejo enfermucha que, antes de morir, había tenido arrestos aún para hacerle un hijo.

Sonrió amargamente.

Quizá Dolan tuviera razón, en definitiva.

—Nada me queda ya en Delvis —murmuró.

No tenía familiares, ni siquiera amigos. A excepción de Sam Brown. Y Sam había sido hospitalizado en estado gravísimo.

Pensó en Bob Devine, mientras cruzaba lentamente la plaza, en dirección al Frontera Hotel, cuyo anuncio luminoso fulgía sobre el cielo cuajado de estrellas.

¿Podía confiar en Devine como un amigo? Al menos, Bob había, estado enviándole algún dinero a lo largo de doce años de prisión.

Briam había recibido cada mes —puntualmente— un envío de mil dólares.

Podía haber vivido muy bien con aquel dinero en la penitenciaría, pero no lo había tocado. Ni pensaba hacerlo.

Los doce mil dólares estaban depositados en una cuenta de ahorro.

¿Por qué no había hecho uso del dinero, con el cual hubiera conseguido una condena sin privaciones?

Instintivamente, desconfiaba de Devine. A menudo, Briam trataba de recordar las circunstancias que rodearon —antes y después— la muerte de Bill Crane.

Pero su memoria se debatía en una nebulosa espesa, que hacía

imposible profundizar en sus pensamientos.

Briam penetró en el Frontera.

Dentro, el ambiente era fresco y acogedor. El edificio era de nueva planta, y contaba con todas las comodidades.

El conserje nocturno dirigió una lenta y crítica ojeada a su cazadora gastada, a sus pantalones tejanos, a su rostro enflaquecido.

—Habitación cuarenta y tres —dijo, al cabo—. ¿No ha traído sus maletas?

—No —respondió escuetamente Briam.

¿Para qué perder el tiempo en explicar a aquel individuo estirado que no poseía otra impedimenta que lo que llevaba cuesto?

—Firme aquí, por favor —exigió el conserje, presentándole el libro de registro.

Firmó.

Con letra grande y clara, escribió: «Briam Dukes, de Santa Fe». En Santa Fe estaba la prisión donde había pasado doce años.

—Suba en el ascensor —indicó el conserje—. El camarero de la planta tercera le guiará a su habitación.

Dukes desapareció dentro del ascensor.

El conserje dio la vuelta al libro y leyó las palabras que Briam acababa de estampar.

El hombre enarcó una ceja, y enseguida descolgó el teléfono y marcó el número de la centralita del King of Paradise, el mejor club de Delvis.

* * *

De los treinta dólares que le entregara Sam, Briam tuvo que pagar veinte en la conserjería del hotel, por la estancia de dos días.

Despertó muy temprano, acostumbrado todavía a la rígida disciplina de la prisión, donde había que levantarse a las seis de la mañana.

Se bañó con agua fría, se afeitó y bajó. En la conserjería había un nuevo encargado, más joven y elegante, que le siguió con la mirada hasta que Briam salió a la calle y desapareció.

Anduvo despacio hacia el hospital. No había mucha distancia y, por otra parte, su viejo «Nash» apenas tenía gasolina en el depósito.

No le permitieron visitar a Sam. Según le informaron, su estado

era aún de extrema gravedad, pero el herido comenzaba a experimentar alguna mejoría, tras j la operación de urgencia.

Dejó unas palabras escritas sobre la hoja de un cuaderno, y le prometieron que la harían llegar hasta Sam, en cuanto éste estuviera en disposición de leerla.

En la calle, el sol, en la amanecida, le deslumbró.

Encendió un cigarrillo y tosió secamente al aspirar la primera bocanada de humo.

En el aparcamiento, Steve Packard, el policía, alzó el brazo en señal de saludo, y Briam respondió con el mismo gesto y se alejó.

¿Le vigilaba la policía? Se encogió de hombros, indiferente.

Arrojó lejos el cigarrillo, apenas empezado, porque sentía náuseas. Desde luego, no había probado bocado desde el mediodía anterior.

—Equivocé mi profesión. Debí ser faquir, en lugar de camionero —dijo, burlándose de sí mismo.

Buscó un bar, y gastó cinco de sus diez dólares en un abundante desayuno, que obró el milagro de reconciliarle inmediatamente con su estómago.

Tenía que buscar trabajo con urgencia. No quería verse obligado a robar para subsistir.

Al final de la anchísima avenida Truman, se detuvo ante la amplia puerta de un gran garaje.

Salieron dos enormes camiones articulados. Sobre los costados de los capitonés, leyó:

«Forrest, transportes generales e internacionales». Forrest debía ser... Jessie.

Jessie, adorable; Jessie, deliciosa; Jessie, fragante. Pero Jessie le había olvidado, y se había casado con un viejo podrido de dinero y molido por los achaques.

Se preguntó qué pasaría si entrase en las instalaciones de la Forrest, preguntase por Jessie y solicitase un empleo.

Tenía su permiso de conducir, de la categoría especial, recién revalidado.

Pero no entró en los garajes Forrest. Siguió adelante.

Se detuvo muy lejos, en un bar al aire libre, y gastó un dólar en una jarra de cerveza.

Pidió el listín telefónico, y seleccionó diez direcciones de otros

tantos negocios donde podía obtener un empleo.

Desgastó sus zapatos en trasladarse a la zona comercial de Delvis, donde se encontraba el matadero de los Espinosa.

Cruzó por en medio de los inmensos corrales, aspiró el olor del ganado vacuno y escuchó los berridos de las vacas que estaban siendo sacrificadas en alguna parte del complejo industrial.

Le recibió Harry Espinosa, el patrón. Era un hombre obeso hasta la exageración, calvo y de rostro redondo, que sudaba copiosamente, a pesar del aire acondicionado de su oficina.

—¿Briam Dukes? ¡Muchacho, no lo hubiera creído, viéndote, si no tuviera tus documentos sobre mi mesa! —carraspeó, le miró fijamente, con morbosa curiosidad, y añadió—: Está visto que la cárcel hace daño, ¿eh, Briam?

Fumaba un enorme puro habano y respiraba jadeante, con esos característicos «pitos» sibilantes que lleva consigo la bronquitis crónica.

—Me urge obtener un empleo, señor Espinosa. Firmare el contrato que me ofrezca... Para decírselo con toda claridad: sólo me quedan cuatro dólares —dijo Dukes, decidido a ir al grano.

Espinosa movió la cabeza. Su cráneo brillaba como si lo hubieran frotado con un cepillo.

—Eso está mal, muy mal, chico. Sin embargo, no puedo emplearte; tengo conductores de sobra. Toma —le devolvió sus documentos—. Vuelve por aquí de vez en cuando; quizá haya una oportunidad.

Briam tomó sus documentos y abandonó el matadero. Se sentía desalentado, vencido.

—Ese viejo vicioso —rezongó, con rencor—. He visto un anuncio en la puerta, reclamando conductores para sus camiones-frigoríficos y... me niega el empleo. No se fía de mí.

Cuadró los hombros. Todavía quedaban muchas posibilidades.

Pero a las dos de la tarde hubo de darse por vencido: había visitado a Bastrop, Rustom, Nammond, García, Kilarney, Shoals, Cárdenas, Benton y Álvarez.

Propietarios de negocios todos ellos, que disponían de camiones, y hubieran podido ayudarle.

Pero en todas partes había oído la misma frase:

—Tengo conductores de sobra. Vuelve por aquí, tal vez

entonces...

Briam tenía los pies recalentados, los zapatos gastados y el alma en los zancajos.

Había llegado junto al bar-restaurante de la carretera. Allí, a la sombra, estaba su viejo y abollado «Nash».

Tras siete horas de machacar las calles de Delvis con sus pies, Briam sólo quería volver al hotel y descansar.

Cogería el coche e iría hasta el hotel. No podía dar un paso más.

Pero el «Nash» tenía las cuatro ruedas en el suelo. Es decir, alguien se había encargado de coser los neumáticos a navajazos.

Briam sintió ganas de llorar. Jamás se había sentido tan desolado, tan sólo e impotente.

Dio una rabiosa patada a un neumático, y el zapato se le rajó.

Un rumor de pasos sonó a su espalda.

Se volvió y vio a los cuatro hombres que le contemplaban con burla.

—¡Eh, muchachos! —exclamó uno de ellos—. ¿No es ése Briam Dukes, el presidiario?

—¡Cielos, tienes razón, Chuck! ¡Es él, el tipo que asesinó a Bill Crane! —barbotó un hombretón de anchísimos hombros y brazos musculosos.

—Te has atrevido a volver a Delvis, ¿eh, Briam? ¿No sientes remordimientos cuando recuerdas a Bill, cerdo?

La cólera, sorda, hinchó el pecho de Dukes.

—Largaos —bramó, conteniendo la voz—. Dejadme en paz.

Era una baladronada inútil.

Bastaba contemplar a los cuatro fornidos camioneros para comprender que Dukes nada podría hacer contra ellos.

—¿Quieres pelea? —El rubio de los hombros anchos avanzó hacia él—. Si es una buena paliza lo que buscas, la tendrás, asesino.

Un puño potente y grasiento se estrelló contra su nariz y le proyectó violentamente contra el viejo automóvil.

Inmediatamente, los otros camioneros se abalanzaron sobre él.

CAPÍTULO IV

Apenas podía sostenerse sobre sus piernas cuando atravesó el vestíbulo del hotel Frontera.

Dos señoras que charlaban en el rincón de la derecha comentaron algo en voz baja y alarmada, cuando vieron a Dukes tambalearse.

También el elegante conserje le vio, y frunció sus labios, en un rictus de desagrado.

Algunas gotas de sangre cayeron sobre el mármol del pavimento, pero Dukes consiguió llegar hasta el ascensor, se introdujo en él y apretó el pulsador correspondiente a la tercera planta.

El ascensor se detuvo, Briam salió y caminó aprisa hacia la habitación número cuarenta y tres.

Introdujo la llave en la cerradura, pasó y cerró de un portazo.

Fue al cuarto de baño y se contempló en el espejo.

Tenía las dos cejas partidas, la nariz rota, los labios hinchados y negruzcos...

Le habían molido a puñetazos y a patadas. Estaba roto y humillado, pero... entero aún.

Le dolía el cuerpo desde los pies hasta la coronilla. Era lógico; cuando se desnudó y se introdujo en el baño tibio, su cuerpo aparecía por completo marcado por cardenales negruzcos.

Había golpeado con todas sus fuerzas, se había rebelado contra el cobarde ataque de aquellos cuatro individuos muy fuertes y capaces, y sólo había dejado de pelear cuando las fuerzas y el conocimiento le abandonaron.

El agua tibia y perfumada envolvió su cuerpo, anuló el escozor del sudor sobre sus heridas y mitigó sus dolores.

No tenía ropa limpia para cambiarse, por lo que prefirió salir del

baño y envolverse en una toalla de baño.

Bruscamente, se dejó caer sobre el lecho, ansioso de descanso y olvido. Pero un instante después se incorporaba y tomaba el teléfono.

Marcó el número de la comisaría.

—¿Comisario... Dolan?

—Dolan al habla. ¿Quién llama?

—Soy Briam Dukes. Quería pedirle un pequeño favor... Hay... un camionero muy fuerte, rubio, que responde al nombre de Nathan. No sé su apellido. ¿Podría..., podría decirme para quién trabaja?

—¡Dukes! ¿Qué le ocurre? Su voz...

—No me ocurre gran cosa..., excepto que cuatro individuos acaban de propinarme una paliza bestial, junto al bar de Paul Weston. Pero no se alarme, estoy bien. ¿En cuanto a ese Nathan?

—Debe ser Nathan

O'Hara.

Es uno de los conductores de la empresa Devine —le informó Dolan.

Y agregó:

—¿No quiere contarme con detalle lo ocurrido, presentar una denuncia?

—¿Para qué? —sonrió. Pero las heridas de sus labios convirtieron la sonrisa en una mueca de dolor—. No creo que pudiera arreglarse nada. Gracias, comisario.

Colgó y volvió a la cama.

Cinco minutos después, cuando comenzaba a dejarse ganar por el sueño, el teléfono zumbó insistentemente.

¿Dolan, otra vez, interesado por él? En verdad, era la única persona que había demostrado un mínimo interés por Briam Dukes.

No era Dolan.

—Soy Harold Fletcher, director del Banco de Delvis. Nos conocimos anoche, ¿lo recuerda? No fui muy justo con usted, señor Dukes.

Ah, Fletcher. El elegante y ágil director bancario, con planta de moderno ejecutivo.

—Muy bien, señor Fletcher. ¿Por qué me llama?

—Consulté a mi Consejo de Administración en Santa Fe, en relación con el atraco de anoche. Hice una proposición y la han

aceptado —dijo Fletcher.

—¿Y...?

—Han acordado concederle a usted una prima del uno por ciento sobre la cantidad total recuperada, que asciende a novecientos ochenta mil dólares. Es decir, en concepto de recompensa, puede usted disponer, a partir de ahora, de la cantidad de nueve mil ochocientos dólares, que estarán a su disposición en el Banco, a las horas en que el establecimiento esté abierto al público.

Briam se tambaleó.

—¿Quiere decir que van a regalarme cerca de diez mil dólares?
—preguntó, todavía incrédulo.

—Exactamente.

—Supongo que usted intercedió ante el Consejo de Administración, señor Fletcher —pronunció Briam, conteniendo el aliento de pura sorpresa—. Quizá sentía remordimientos por haber dudado de mí, cuando me vio en el Banco.

Fletcher tardó en responder.

—Bien, lo reconozco. Confieso que cometí una injusticia al acusarle. Sin embargo, es habitual en las entidades bancarias conceder una recompensa a quien evita un robo o recupera cantidades de un Banco —explicó Fletcher.

Briam respiró hondo.

—De todas formas, le agradezco de corazón su gestión, señor Fletcher. La verdad es que me ha salvado. Apenas dispongo de unos dólares.

Se oyó la risa ahogada de su interlocutor a través del hilo.

—Si es así, amigo Dukes, lo celebro sinceramente. Y, sinceridad por sinceridad, si usted no hubiera detenido a Bonder y Katsum, yo tendría ahora mismo serios quebraderos de cabeza —confesó.

—Me alegro de haber servido de algo, señor Fletcher. ¿Cuándo podré disponer del dinero?

—El Banco está cerrado al público ya, y los empleados se han marchado, pero yo estoy todavía aquí. ¿Cuánto necesita?

—Me arreglaría muy bien con mil dólares —respondió Briam.

No le dolían los golpes ya. En realidad, su ánimo se había elevado muchos grados, y la confianza volvía a su corazón.

Depositaré esa cantidad a su nombre en la conserjería de su hotel. Buena suerte, Dukes.

—Gracias, señor Fletcher.

Colgó y volvió a la cama por tercera vez, pero la excitación que sentía no le permitió dormir.

Las cosas habían cambiado. Ya no era el pobretón, olvidado de la fortuna, de unos minutos antes.

Diez mil dólares no suponían una fortuna, pero le permitirían desenvolverse hasta que encontrase un trabajo estable.

Volvió al teléfono, preguntó al conserje la hora de apertura de las tiendas, y se recostó en la cama cuando obtuvo la información solicitada.

Reflexionó.

—Me gustaría tener a Jessie aquí, conmigo —murmuró, apasionadamente. Y abrazó la almohada, como si en ella se materializase el cuerpo de la mujer.

Pero la imagen de Jessie se esfumó. Porque los golpes dolían aún en su lastimado cuerpo, y ello le hizo recordar a los cuatro brutos que le habían atacado a mediodía junto al restaurante de Paul Weston.

De una cosa estaba seguro: ninguno de aquellos cuatro camioneros era de Delvis. Por tanto, no le conocían, porque tampoco él les conocía a ellos. Y Dukes poseía una excelente retentiva, sobre todo en cuanto a los rostros de las personas, aunque sólo las hubiera visto una vez en su vida.

—Estoy seguro de que alguien les pagó para inutilizar mi coche y darme esa paliza —era la deducción lógica.

Sintió miedo, al compás de sus pensamientos.

La prisión le había fortalecido psicológicamente, pero le había casi destruido físicamente.

Por un momento, Dukes estuvo a punto de abandonar Delvis, sin volver la mirada atrás.

¿Por qué no?

Era un buen conductor, tenía su permiso de conducir, que le permitía manejar vehículos de cualquier categoría. En las grandes ciudades industriales era fácil ganar dinero abundante a lo largo de las rutas nacionales e internacionales.

Podía escoger la solución más fácil, que era escapar, pero no lo hizo.

—Debo estar loco —decidió, *in mente*—. Tengo bastante dinero,

puedo comprar otro coche y alejarme de esta ciudad para siempre. Y, sin embargo, me empeño en seguir aquí...

Bueno, en Delvis estaba Jessie Forrest.

—Jessie se acabó —pronunció en voz alta, como tratando de convencerse a sí mismo—. Ella escogió otro camino. No debo recordarla más.

También estaba Robert Devine. Todavía no estaba seguro si Bob era un amigo o un enemigo. Y quería averiguarlo.

No llegó a dormirse, pero sus músculos descansaron durante la siesta.

A las cinco y cuarto se vistió y bajó al vestíbulo.

Fletcher había cumplido su palabra. No hubo ningún problema con el conserje. En efecto, señor Dukes. Aquí tiene los mil dólares. Firme el recibo, por favor.

Un soplo de viento ardiente le recibió en la calle. Hacía un calor intolerable, pero Dukes estaba acostumbrado al clima de Nuevo México.

Entró en un lujoso almacén y adquirió un fresco traje veraniego y varios juegos de ropa interior.

Se vistió en uno de los probadores del mismo almacén, y dejó la ropa vieja en una papelería.

Se contempló en el espejo. Su aspecto no era el mejor del mundo, pero la hinchazón de su rostro había decrecido, y el traje nuevo le sentaba muy bien.

Tomó un par de jarras de cerveza en un bar y compró cigarrillos. Muy cerca de allí, había una tienda de instrumentos de óptica, donde adquirió unas gafas oscuras que disimulaban bastante sus inflamados párpados.

Apenas transitaban unas cuantas personas y unos pocos vehículos por las calles de la ciudad a aquellas horas. El calor, tórrido, obligaba a todos a cobijarse a la sombra.

En el taller mecánico de Tom Cárdenas encargó que recogieran su automóvil, le cambiasen los cuatro neumáticos y la junta de culata, y le hiciesen un repaso general al motor.

Hacia las seis y media, volvió al centro de la ciudad y entró en la comisaría.

Glen Dolan sudaba copiosamente en su despacho, bajo la acción de un impotente ventilador, que impulsaba el humo de su habano

hacia la ventana.

—¿Puedo hablar con usted un momento, comisario? —preguntó Dukes.

Dolan pareció impresionado cuando Briam se quitó las gafas y se sentó sobre una silla, frente a él.

—Veo que fue algo más que una paliza, muchacho —pronunció, despacio—. ¿De veras no quiere que le prestemos asistencia médica?

—Supongo que mi cara volverá a tener su aspecto habitual dentro de una semana —respondió Dukes, cachazudo—. Mis arrugas han desaparecido bajo la hinchazón. ¿No me encuentra favorecido, comisario?

—No bromea. Si quiere presentar una denuncia, le daré curso ahora mismo.

—Gracias, pero no pienso hacerlo. En realidad, soy un hombre de suerte. ¿No sabe que el Banco del Sudoeste me ha regalado casi diez mil dólares? —preguntó Dukes, en tono ligero y burlón.

—Fletcher me lo dijo. Parecía muy interesado por usted. Bien, ¿por qué no se marcha ahora? —Dolan mordía, un tanto nervioso, su cigarro.

—¿Teme que provoque conflictos? Si es así, es que usted, Dolan, no ha visto bien mi cara. Pero eso no es nada comparado con el aspecto que presenta el resto de mi cuerpo...

—No es eso, Dukes. Usted me preocupa, se lo confieso. Temo por usted. Esa agresión de que fue objeto...

—Simple antipatía, comisario. Descubrí que los neumáticos de mi coche estaban rajados y me encolericé. Tal vez, yo mismo provoqué a esos cuatro camioneros.

—No mienta. Llamé a Paul Weston; él lo vio todo a través del ventanal, y me contó la verdad. Esos tipos, Nathan O'Hara

y los otros, destrozaron los neumáticos de su coche y esperaron durante más de tres horas hasta que usted apareció.

—Al parecer, ninguno de esos cuatro hombres vivía en Delvis cuando yo fui condenado... —insinuó Dukes.

—Tiene razón. Y no me explico por qué...

—¿Me golpearon a muerte? Supongo que alguien les pagó para que me dieran una buena zurra.

—¿Sospecha de alguien? —preguntó Dolan, interesado.

—De nadie —mintió Dukes—. En realidad, vine a verle para solicitar de usted un pequeño favor.

—Cuenta con ello, si está en mi mano —respondió el policía.

—Escuche, me he esforzado en recordar cuanto sucedió antes, durante y después de que... matara a Bill Crane. Como usted mismo dijo anoche, me encontraron borracho y drogado, lo cual lo explica todo en cuanto a mi incapacidad de recordar los hechos con claridad. Pero usted debe poseer en el archivo un extracto del informe policial. ¿Podría verlo?

Dolan se agitó, embarazado, en su asiento.

—La verdad... No sé si podrá considerarse legal que yo le muestre ese expediente —respondió, muy confuso.

—No quiero presionarle de ninguna forma. Sólo quiero decirle esto, Dolan: que esas actuaciones policiales fueron la base para que el juez me condenase a veinte años de presidio. Por otra parte, sólo pretendo echar una hojeada al expediente, en su presencia.

Se lo devolveré en pocos minutos.

Todavía dudó, pero finalmente se decidió.

Abrió un archivador metálico y extrajo una gruesa carpeta, que dejó sobre la mesa, al alcance de Briam Dukes.

Abrió el expediente, dejó que su mirada resbalara por encima de las hojas mecanografiadas, y fue pasándolas lentamente con una casi imperceptible vibración de sus dedos.

—¿Ha encontrado algo interesante? —preguntó Dolan cuando Briam le devolvió la carpeta.

—No lo sé —respondió, confuso—. De todas formas, le agradezco mucho su colaboración, comisario.

CAPÍTULO V

Anocheceía en Delvis.

Las calles estaban ahora muy animadas, y los semáforos guiñaban continuamente sus luces verdes, ámbar y rojas.

Briam caminaba distraído, sin reparar en las personas con las que se cruzaba, que tampoco demostraban mucha curiosidad hacia él.

Se sentía perplejo.

En aquellas escenas de pesadilla que solían asaltarle con frecuencia en sueños, Bill Crane aparecía siempre con un revólver en la mano.

Pero, según el expediente que había hojeado en la oficina de Glen Dolan, *la policía no había encontrado ningún revólver* junto al cadáver, ni en ningún otro lugar del garaje.

Sumido en sus pensamientos, Briam no advirtió que una mujer de unos treinta y cinco años, morena y muy vistosa, le seguía a cierta distancia.

Súbitamente, restalló una detonación a su espalda. Briam ni siquiera se hubiera vuelto, tal vez creyendo que se trataba de la explosión del escape de algún automóvil; pero un pedazo de plomo arrancó un trozo de corteza del tronco del árbol que tenía más próximo. Se volvió y vio venir a la mujer, que disparaba como una posesa.

¿Disparaba contra él?

Tuvo que responderse afirmativamente, porque el segundo balazo le segó en sedal el muslo izquierdo.

Apresuradamente, Dukes se arrojó al suelo, en un reflejo instintivo para escapar a la muerte.

En la calle, algunas mujeres gritaron y todos cuantos

deambulaban por los alrededores se dieron buena prisa en protegerse en los establecimientos próximos.

—¡Loca, loca! —murmuró Briam, en el suelo—. ¡Está loca como una cabra!

Los proyectiles zumbaron, rabiosos, estrellándose sobre el pavimento.

Por fortuna, aquella mujer debía tener una pésima puntería y, probablemente, jamás había utilizado un arma.

Sin embargo, Briam giró sobre sí mismo, abandonó la acera y siguió rodando sobre el asfalto.

Un automóvil frenó bruscamente, y se detuvo apenas a medio metro de su cabeza.

La mujer permanecía en mitad de la acera, rígida, y miraba fijamente su revólver, descargado ya.

Gemía entre dientes, lloraba, mascullaba frases ininteligibles.

Briam intentó incorporarse y escapar, pero la pierna herida se negó a sostenerle y cayó de nuevo al suelo.

Su pantalón, recién estrenado, estaba empapado en sangre tibia y pegajosa.

Luego se escuchó el alarido de una sirena y un *jeep* de la policía frenó en seco a unos metros.

Dolan y Packard saltaron de él y corrieron hacia la mujer, que dio media vuelta, tropezó, dejó caer su bolso, se incorporó y trató de huir.

Fue inútil porque Packard era joven y tenía buenas piernas, y la alcanzó en poco más de diez metros.

La mujer chillaba como una fiera, y se debatía en manos del policía, tratando de morderle, pero Packard la sujetó fácilmente y le colocó unas esposas en las muñecas.

—Llévala a la comisaría. La interrogaré después —ordenó Dolan.

Vino corriendo hasta el lugar donde yacía Briam, desangrándose rápidamente. Había un buen charco de sangre manchando el asfalto.

—Vamos, muchacho; levántese. —Dolan le tomaba por un brazo y tiraba de él, pero Briam sintió un vahído, y sus piernas se doblaron.

Volvió en sí poco después.

Un hombre joven muy moreno —un médico, al parecer— había

desgarrado su pantalón y le aplicaba una compresa sobre la herida.

Le habían trasladado hasta la acera, y docenas de curiosos rodeaban el lugar.

Luego llegaron otros dos policías, y comenzaron a despejar el lugar.

—¿Qué tal se siente? —preguntó Dolan, preocupado.

—Bien. —Briam sonrió débilmente—. Fue solo un mareo.

—Dentro de unos segundos estará aquí la ambulancia. Anítese, Dukes, no será nada.

—¿Quién..., quién era esa loca?

—¿La mujer que disparó contra usted? Se llama Sarah Crane.

—Sarah... —murmuró Briam—. Comprendo. Ha tratado de vengarse.

—No piense en ello ahora. Ayúdeme, doctor. La ambulancia está ahí ya —solicitó el policía.

Pero Dukes alzó una mano.

—Un momento, Dolan. Sarah Crane dejó caer su bolso ahí cerca —dijo.

—No se preocupe por eso. Uno de mis hombres lo recogió ya.

—Pero vi que algo resbalaba del bolso. Está allá, debajo de ese «Mustang». —Briam señalaba hacia el automóvil azul metálico que había recibido varios impactos del revólver de Sarah Crane.

Dolan se apartó unos pasos, se agachó, miró desde allí a Dukes, un tanto escéptico, y palpó el suelo con las manos.

Volvió, llevando entre sus manos un sobre alargado, color paja, cuyo contenido comprobó a la luz de un poste de alumbrado próximo.

—¿Qué es? —preguntó Briam, mientras el médico sujetaba la compresa manchada de sangre con unos pedazos de esparadrapo.

Dolan parecía muy sorprendido, cuando se acercó a ellos.

Dolan parecía muy sorprendido cuando se acercó a ellos.

—Un sobre que contiene cinco mil dólares —respondió, perplejo.

Briam dejó escapar una exclamación de asombro.

—¿Acostumbran las mujeres de Delvis a ir de tiendas con cinco mil dólares en el bolso? —preguntó, irónico.

—Claro que no. Y mucho menos, Sarah Crane. Vive de forma muy modesta, y se gana la vida como asistente doméstica. Es soltera

—respondió el policía, desconcertado.

Briam fue a decir algo, pero el médico se impacientó:

—No debemos perder el tiempo aquí, comisario. Este hombre sigue desangrándose.

—Hay que trasladarlo al hospital —dijo.

Dolan se guardó el sobre amarillo y asintió.

Los dos hombres apoyaron sus hombros bajo las axilas de Dukes, y le llevaron hasta el *jeep*.

Saltando a la pata coja sobre su pierna izquierda, y con una sonrisa burlona en los labios, a pesar del dolor que sentía, Briam se acomodó en el asiento delantero.

Dolan arrancó, e hizo vibrar la sirena a lo largo de las calles de Delvis.

Los curiosos permanecieron largo rato en aquel lugar, comentando, excitados, el suceso.

CAPÍTULO VI

Dos días después, Dukes caminaba ya, renqueando, a lo largo de los pasillos del hospital.

Le habían autorizado a visitar a Sam Brown, y le llevaba cigarrillos y unas revistas.

—¿Qué tal va eso, viejo? —preguntó Briam, contemplando con pesar a su amigo.

—Me han dicho que estoy fuera de peligro, pero no puedo moverme, maldita sea, y tendré que permanecer aquí un par de meses.

—Lo celebro. Lo importante es que se recupere, Sam.

—Me han hablado de lo que sucedió en el Banco. Te portaste bien, muchacho —alabó—. Pero creo que debieras marcharte de Delvis. Ya has visto lo que pasa: hay alguien que sólo quiere verte... muerto.

—¿Quién le habló de ello?

—Ya sabes que Delvis no pasa de ser un pueblo, al fin y al cabo. Aquí, las noticias se propagan velozmente. Me han dicho que te dieron una buena paliza, y que esa loca de Sarah Crane intentó matarte. Estoy preocupado.

—No ha sido nada, Sam. Ya casi puedo andar. Y siento no poder atender sus consejos: pienso seguir en Delvis.

—Te matarán, Briam —había temor en los ojos del anciano.

—Yo trataré de impedirlo, viejo. No quiero que lo repita a nadie, pero Dolan me ha devuelto mi pistola, y me está gestionando un permiso de armas. Ha comprendido que no sería justo que yo no pudiera defenderme.

Sam movió la cabeza con pesar. Pero no volvió a hablar del tema.

Dukes permaneció durante una hora haciéndole compañía, y luego volvió a su habitación.

En el pasillo, una enfermera le detuvo:

—Iba a buscarle, señor Dukes. Tiene una visita. Le aguardan en su habitación.

Quiso preguntar a la enfermera el nombre de aquellas personas, pero la mujer se había marchado ya.

Briam se detuvo, indeciso, ante la puerta de su habitación.

¿Quién podía venir a visitarle en Delvis? No tenía familiares, ni más amigos que el anciano del que acababa de despedirse.

¿Se trataba de un nuevo atentado?

—No se atreverían a tanto. No aquí, en el hospital —se tranquilizó a sí mismo.

Empujó la puerta con decisión y entró.

Una mujer joven y un niño permanecían junto a la ventana, y miraban hacia el exterior.

La mujer se volvió, y Briam palideció: ¡era ella, Jessie!

Sus ojos recorrieron, como hipnotizados, la esbelta silueta de diosa, sus piernas perfectas, y se detuvieron en las bellas facciones exóticas.

No había pasado el tiempo por ella: Briam podía admirar la misma frente despejada, los mismos ojos negros, insondables, los pómulos tan pronunciados, la nariz breve, la boca de labios jugosos, los largos cabellos negros y sedosos...

Briam elevó sus manos. Su ser le impulsaba a correr hacia ella, a abrazarla, a estrujarla entre sus brazos y a llorar sobre sus cabellos para desahogar toda la angustia y la soledad vividas durante doce años.

Pero reprimió su impulso, bajó las manos y adoptó una expresión indiferente, que no concordaba con la emoción que experimentaba su corazón. —Jessie...— dijo.

—¡Briam! —exclamó ella. Pero también consiguió dominarse, y no correr hacia él.

Se retorció las manos, nerviosa, y añadió:

—No sabía que estuvieras en Delvis. ¿Cómo fuiste capaz de dejar transcurrir tantos días sin visitarme?

Briam señaló al niño, con un movimiento de cabeza.

—No creí que fuera correcto.

—Ni siquiera contestaste a mis cartas, durante tanto tiempo.

—Estimé que sería lo mejor para los dos. Quise devolverte la libertad..., y tú la aprovechaste inmediatamente —expresó él, con amargura.

Jessie le miró, dolorida.

—Me haces daño, Briam. Y lo haces a propósito —respondió.

El niño —un guapo y espigado muchacho de unos diez años— les miraba alternativamente, con gran atención.

Jessie debió observarlo, porque acarició al muchacho y le animó:

—Ve a jugar al pasillo, hijo. Este señor y yo tenemos que hablar a solas.

—Como quieras, mamá —contestó el chico. Pasó junto a Dukes, sin dejar de observarle con gran curiosidad, y salió.

Briam respiró hondo.

Sentía unos deseos enormes de herir profundamente a aquella guapa mujer que había ido a verle, en cuanto supo que se encontraba en la ciudad.

Y dijo:

—Creí que nada nos unía ya, Jessie. Por eso no intenté verte, siquiera.

—¡Pero yo sigo amándote, Briam! —protestó con calor. Y se acercó unos pasos—. ¿Por encima de mi estado actual, por encima de mis arrugas, de mi aspecto avejentado y derrotado?

—¡Por encima de todo eso! Briam, es cierto que no tienes muy buen aspecto, pobre amor mío. ¡Has sufrido tanto, has pasado tantas privaciones...! Pero te recuperarás, y todo volverá a ser lo mismo.

—No —dijo Briam, tajante—. Nunca volveremos a ser los mismos. Tú te olvidaste de mí, a los pocos meses de ingresar en la prisión. Elegiste el dinero y la comodidad, y te entregaste a un anciano: A Forrest. ¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Once.

—Eso lo demuestra todo. Apenas esperaste un año para olvidarme. Era más seguro para ti cobijarte en el regazo de aquel pobre viejo —pronunció Dukes con fiera.

Jessie le apretó por la camisa, le zarandeo con violencia y le miró con los ojos destellantes de ira.

—Pero ¿cómo puedes ser tan ciego y tan loco? Me casé con Forrest medio año después de ingresar tú en prisión. ¡Y ya estaba embarazada...! —sollozó ella, y le soltó con rabia.

—¿Embarazada? ¿De quién?

Jessie le dirigió una mirada llameante.

—Me insultas cruel y deliberadamente, Briam. ¿No tienes ojos en la cara, no has visto a mi hijo? ¡Has sido incapaz de advertir que es tu copia exacta, que tiene tus mismas facciones, tus mismos cabellos rojizos, tus ojos azul-claro...! —gimió, humillada.

Dukes parpadeó, perplejo.

—¿Quieres decir que..., que el niño es mi hijo? —preguntó, profundamente turbado.

—¿De quién, si no? ¿Hubo algún otro hombre en mi vida, que no fueras tú? —inquirió acorralándolo.

Luego se retiró hasta la ventana, y siguió hablando en tono más reposado.

—Poco después de ser encarcelado tú, descubrí que estaba embarazada. Sólo tenía entonces dieciséis años. Tú sabes que la sociedad de Delvis es puritana y cerrada a la comprensión. La única solución era buscar un hombre bueno que quisiera casarse conmigo y tapar el escándalo...

Calló, porque se ahogaba.

—Dan Forrest adivinó mi situación, y vino a hablar conmigo. Me dijo que estaba enfermo, que no tenía parientes, y no quería depender de la vieja y gruñona enfermera que le cuidaba. Puedes imaginar lo que me propuso: el matrimonio. No me exigió nada; sólo quería que le acompañase y le cuidase con cariño. Accedí. Y le cuidé como... a un padre, porque él tenía sus días contados. Fue un hombre generoso y honrado, que puso su nombre a tu hijo, y no me hizo preguntas embarazosas.

Briam la escuchaba, ansioso. No podía decir nada porque ningún comentario suyo podía servir.

—Dan Forrest murió poco después, porque estaba condenado a morir. Era un gran hombre, de enorme corazón. Y me dejó todo lo que poseía. Le lloré, sí, porque Dan se lo merecía...

Briam avanzó dos pasos hacia ella. Pero no se atrevió a tocarla.

—Después... La herencia de Forrest suponía unos setecientos mil dólares. Mi hijo y yo podíamos haber vivido muy bien sólo con los

dividendos de aquel dinero, invertido en cualquier empresa. Pero Dan tenía una pequeña agencia de transportes y yo, sin ti, no tenía mucho que hacer. De modo que me hice cargo de la empresa Forrest, la amplié y trabajé en ella a lo largo de estos doce años. Ahora tengo mucho más dinero que cuando Dan murió. He multiplicado por diez lo que él me legó. Y ahí lo tienes todo, Briam. Te lo ofrezco, sin condiciones. O, mejor sería decir que con una sola: que vengas con nosotros, y te olvides cíe cualquier otra cosa. ¿Sigues queriéndome o... tu amor por mí ha muerto? —preguntó con acento esperanzado.

Briam no pudo resistir más.

Corrió junto a ella, la abrazó, la cubrió de besos, murmuró en su oído las más tiernas palabras, y se embriagó con el aroma que exhalaban los negros cabellos de Jessie.

Pasaron los minutos; transcurrió el tiempo, inexorable.

—¿Vendrás con nosotros, Briam? Te hemos esperado durante mucho tiempo. El pequeño Briam está aguardando a su padre; no sabe quién es, pero pregunta constantemente por él. ¿Vendrás?

Dukes la besó en la frente, y sus manos se soltaron lentamente de la cintura de Jessie.

—No os merezco, supongo. Pero nada me gustaría más que abordar ese porvenir que tú me ofreces. Sin embargo, no podrá ser, por ahora, Jessie —respondió. Y su voz sonaba enronquecida.

—¿Por qué, Briam, por qué? ¿Te sientes inferior a mí, por mi dinero, por nuestro dinero? Yo te lo ofrezco todo; no me importa la riqueza sin ti —exclamó la mujer, súbitamente triste.

—No es eso, Jessie. Pero quiero poner en orden mis ideas. Pretendo poner en claro todo lo que sucedió hace doce años —respondió él.

—Sólo conseguirás atormentarte, amor mío. —Jessie le abrazaba, temerosa—. Olvida el pasado y vivamos solo el presente.

Pero Briam se separó y encendió un cigarrillo.

—Tengo muchas dudas, Jessie. Todo aquello aparece siempre envuelto en brumas. Quiero saber qué ocurrió porque... ahora dudo de que yo asesinase verdaderamente a Bill Crane. Escucha: si me demuestró a mí mismo que le maté, lo olvidaré todo y emprenderemos juntos nuestra vida. Pero si no...

Jessie se volvió. Hacía esfuerzos por mostrarse dura, autoritaria

y tajante, aunque no lo conseguía por completo.

—Veo que sigues dudando de mí. Sé que algo nos separa, Briam —su voz trataba de ser concentrada y fría—. Crane te dijo, antes de morir, que había conseguido algo de mí. Te enfureciste por ello, aunque yo te demostré hasta la saciedad que sólo era la baladronada de un hombre que trató inútilmente de enamorarme. Pero a ti únicamente te importa tu amor propio varonil, confíésalo.

—No —respondió Briam—. Reconozco que me sentí lleno de ira cuando Crane dijo que te había poseído. Pero sé que sólo trataba de provócame, con ello. Es otra cosa, Jessie. Se trata de poner en claro algo que jamás logro recordar con claridad. No descansaré hasta saber qué ocurrió realmente en el garaje de Bob Devine.

Jessie le volvió la espalda.

—Si todo eso te importa más que tu hijo y que yo, será mejor que nos separemos, Briam. No viviría tranquila sabiendo que cualquier día tendría que ir a visitarte al depósito de cadáveres.

—¿Por qué? —gritó Briam, colérico y rabioso.

—No sé por qué. Pero te han golpeado hasta dejarte por muerto, y Sarah Crane agotó su revólver, tratando de acribillarte. Eso es lo que sé. Por última vez, Briam, ¿vendrás con nosotros?

Dukes fue hasta la mesilla, y aplastó el cigarrillo sobre un cenicero.

—No puedo, todavía —dijo, con voz opaca.

Jessie anduvo hasta la puerta y la abrió.

—En ese caso, que Dios te proteja. Creo que para ti sería mejor abandonar hoy mismo ésta ciudad —dijo con voz tremante.

Y escapó, cerrando la puerta de un portazo violento.

CAPÍTULO VII

El coche funcionaba muy bien. El motor roncaba rítmicamente y el termómetro del circuito de refrigeración marcaba una temperatura razonable.

La reparación le había costado doscientos diez dólares, pero valía la pena. Ahora podía disponer del coche, sin temor a quedarse tirado en la carretera.

Eran las doce de la noche del día primero de setiembre.

Todavía hacía calor, y ello invitaba a pasar las primeras horas de la madrugada al aire libre.

Briam Dukes había decidido ir a entrevistarse con Bob Devine, puesto que la herida de su muslo cicatrizaba rápidamente, y apenas le molestaba.

Sin embargo, cuando se disponía a arrancar y dirigirse hacia el río, donde se encontraba el club King of Paradise, un brillante «Cadillac» blanco se detuvo ante el viejo «Nash», impidiéndole la salida.

Un hombre bajó del «Cadillac», y se dirigió rápidamente hacia él.

Dukes metió su mano derecha en el bolsillo derecho de la chaqueta, donde llevaba su pistola.

—¡Briam! ¿No me recuerdas? Soy Bob, Bob Devine —dijo el otro.

Le costó un gran esfuerzo reconocer a su antiguo patrón. Bob había engordado treinta kilos, y estaba casi calvo.

Pero tenía las mejillas sonrosadas, vestía un traje de quinientos dólares, y su aspecto general era el propio de un hombre próspero y seguro de sí mismo.

Briam dejó la pistola en el fondo del bolsillo, y se relajó.

—Has cambiado mucho, Bob —dijo, sin dejar de observarle—. No te hubiera reconocido por la calle...

—Pues tú no presentas muy buen aspecto, mi pobre amigo. Estás más alto, pero tan delgado...

—Doce años de cárcel, Bob.

—Lo comprendo. Pero ¿cómo no has venido a verme? Lo supe hoy, casualmente. Harry Espinosa y yo llevamos algunos negocios a medias. Fue él quien me lo dijo.

—Le pedí un empleo. No me aceptó —dijo Briam—. A pesar de que había un anuncio a la puerta del matadero, reclamando conductores de camión.

—¡Ese viejo Harry! Se ha dejado llevar por los prejuicios... Pero eso no cuenta conmigo, Briam. Somos amigos, ¿no? Por fortuna, yo me desenvuelvo bien en los negocios, y puedo ofrecerte el trabajo que quieras. Pero, vayamos a algún sitio, charlemos... ¡Tenía tantas ganas de estar contigo! ¿Ibas a algún sitio?

—Sí, al King of Paradise. Me han dicho que es un club muy animado.

—¡No te lo puedes imaginar! —exclamó Devine, excitado—. Ven conmigo. Iremos en mi coche, y te enseñaré el club.

—Cada uno en su coche —respondió Dukes—. Discúlpame, pero también yo tengo mis prejuicios.

Bob Devine dejó escapar una de sus ruidosas carcajadas.

—De acuerdo, viejo tiburón. Sígueme —accedió con una sonrisa cordial.

Bob volvió a su coche, lo hizo retroceder con gran habilidad, y dio la vuelta a la plaza a una velocidad endiablada.

El «Nash» respondió bien, y Briam le siguió sin dificultad. Abandonaron la ciudad y rodaron sobre la carretera bien cuidada que llevaba hasta el río...

Unas luces brillaban en lejanía. Diez minutos después, el «Cadillac» viró a la derecha y penetró en la zona de aparcamiento del King of Paradise.

El complejo del club estaba situado sobre un promontorio, a orillas del río, rodeado de una fresca y lujuriante alameda.

Bob le esperaba a la puerta. Había una ventanilla dorada y un cartelito anunciaba que la entrada —«hombres solos o parejas»— costaba cincuenta dólares.

Pero Devine tomó a Briam por un brazo, y el portero les dejó pasar e incluso les saludó amablemente.

Había una gran pista circular, otra pista giratoria para las atracciones, terciopelos rojos, moqueta roja, plantas tropicales por doquier.

Y la música. Dulzona, rítmica, electrizante y sugerente, sonaba desde cualquier ángulo.

Sobre una plataforma elevada a la derecha, había unas cabinas muy íntimas, donde los pasos no levantaban el menor eco.

Olía a tabaco rubio, a perfumes de mujer, a ese algo impalpable que se respira siempre en los más caros locales de placer.

Se sentaron en una de aquellas acogedoras cabinas. No hacía calor, la temperatura era la justa. Todo amable, todo cómodo y perfecto.

Vino un camarero, y Bob encargó dos combinados. Mientras fumaban un cigarrillo, llegaron dos jovencitas muy ligeras de ropa, que se sentaron junto a ellos con un «¡Oh, Bob, has traído a un amigo!».

—Gipsy y Wanda, dos amiguitas —dijo Bob, sin etiqueta—. Mi amigo se llama Briam. Sé amable con él, Gipsy.

Gipsy era como su nombre, gitana, felina, delgada y mimosa. Enseguida comenzó a acariciarle de forma empalagosa.

Pero Briam, aunque Gipsy fuera muy agradable y deseable, quería hablar sin testigos.

Devine debió adivinar su estado de ánimo, porque las despidió rápidamente, sin rodeos.

—Volved luego, preciosas. Nos divertiremos —dijo. Y ellas se fueron.

Tomaron un sorbo de sus combinados. Las bebidas estaban muy frías y agradables.

—Como habrás adivinado, este club es mío —dijo Bob, sin darse importancia—. También tengo la mitad del matadero de Espinosa, la fábrica de pinturas Devine, una granja, un rancho al otro lado del río, con más de diez mil reses, y algunos pequeños intereses en otros cuantos negocios. Y como tú eres mi amigo, quiero ofrecerte un puesto junto a mí. De ahora en adelante, no tendrás que preocuparte de nada.

No hizo la menor alusión al dinero que le había estado enviando

a la cárcel. Y ello suponía un rasgo de delicadeza, según tuvo que admitir Briam.

—No entiendo de negocios, Bob —dijo, después de unos segundos de silencio—. Sólo sé conducir un camión.

—Nada más fácil. Dime cuándo quieres empezar a trabajar, y tendrás a tu disposición el mejor camión de mi flota —respondió Devine.

—Te lo agradezco. Pero quisiera hablar de otra cosa.

—Dime de qué se trata. —Bob parecía asequible y dispuesto a agasajarle en todo.

—Según todos los indicios, yo maté a Bill Crane en los garajes de tu empresa. Pero hay algo que no logro entender...

Devine esbozó un gesto de desagrado.

—¿Por qué no olvidas todo eso, Briam? El tiempo ha pasado, y todos hemos cambiado mucho. Aquello fue la consecuencia de la mala suerte, pero mi opinión es que no debes seguir atormentándome con recuerdos ya pasados.

—A pesar de ello —insistió—. Te pido que me ayudes a poner algunas cosas en claro.

—Bien, si lo prefieres así. Te escucho.

—Según el informe policial que sirvió de base al fiscal para acusarme, la policía no encontró el revólver de Bill —dijo Dukes, mirándole con fijeza.

—¿Qué revólver? —Bob le contemplaba, extrañado.

—Ya lo he dicho. —Briam comenzaba a sentirse irritado—. Bill tenía un revólver. Tú mismo confesaste que le quitaste las balas, temiendo que Crane pudiera disparar contra mí.

Devine apoyó una mano en el hombro de Dukes. Un rubí que debía valer más de diez mil dólares brilló en el dedo anular de su mano derecha.

—Debes haberlo soñado, amigo mío —respondió Bob, frunciendo los labios en un gesto comprensivo—. Al parecer, habías bebido mucho aquella tarde. Créeme, no vi jamás un revólver en poder de Bill.

—Aquella noche, yo estaba borracho y... drogado. —Briam observaba con toda atención las facciones de su amigo.

—No me extraña. Jamás dije nada de ello a nadie, pero el día anterior, cuando regresaste de México, subí a la cabina de tu

camión para recoger la hoja de ruta. Dentro de la cabina, olía a marihuana. Vi un paquete que me infundió sospechas, lo abrí... y había diez kilos de marihuana prensada en pastillas —respondió Bob, serio.

Briam parpadeó.

¿Qué le estaba ocurriendo? Durante unas fracciones de segundo, las luces se habían distorsionado, y él mismo había experimentado una intensa sensación de mareo, de inseguridad.

Bob le apretaba un brazo y se inclinaba sobre él, solícito.

—Vamos, Briam, muchacho, ¿te sientes bien?

Respiró hondo y, poco a poco, consiguió dominar aquella bruma gris que se apoderaba de sus sentidos.

—Estoy... bien. Ahora ya me siento bien —murmuró, todavía inseguro...

—¿Qué te ocurrió?

—No sé. Estoy débil, convaleciente...

—Anímate. Pediré otra copa —propuso Devine.

—No, no. —Dukes se había incorporado, y se sostenía bien sobre sus piernas—. Lo lamento, Bob, no me sientan bien las bebidas alcohólicas. Voy a marcharme.

—Déjame que te acompañe. ¿Crees que podrás conducir?

—Gracias, pero creo que podré valerme por mí mismo.

—Como prefieras, aunque vas a conseguir que me sienta preocupado por ti, viejo amigo. Tienes que cuidarte bien. Pero yo me ocuparé de ello. No creo que estés todavía en disposición de conducir un camión durante seis horas. Creo que lo dejaremos para más adelante.

Pero Dukes se apresuró a protestar:

—No, no, estoy bien. Iré a verte mañana y, si tú quieres, comenzaré a trabajar enseguida. No te preocupes por esto. Ya lo sabes, he estado doce años sin probar una gota de alcohol, y estoy poco habituado a beber. Pero mañana será distinto.

Descendieron, y Bob le acompañó, amable, hasta el exterior.

—No me costaría nada llevarte hasta tu hotel, en pocos minutos —insistió, cuando Briam subió a su viejo coche.

—Nada de eso. Ya estoy bien. Diviértete. Tal vez pueda acompañarte otra noche, Bob.

—Así lo espero. Conduce con cuidado, Briam.

—De acuerdo —asintió Dukes. Y torció el volante y retrocedió, marcha atrás.

La verdad es que Briam Dukes condujo con mucha prudencia, de regreso a Delvis.

Lo había pasado mal, durante unas fracciones de segundo, en el elegante King of Paradise.

Se sentía intrigado.

Cierto que no estaba acostumbrado a los licores fuertes. Tan cierto como que apenas había probado un sorbo del combinado que le sirvieron en el club.

CAPÍTULO VIII

Buck Katsum suavizó escrupulosamente su taco de billar con la tiza azulada, se apoyó en la mesa e hizo deslizar el largo palo entre sus dedos.

Jugó y... no acertó la carambola.

Gerty Banion rió a carcajadas.

—Lo siento, Buck. Está visto que no es tu noche. Has perdido ya ocho partidas... a cien dólares. ¿Por qué no abandonas?

Katsum le miró, rencoroso.

—No, hasta que recupere mis ochocientos dólares —gruñó. Sin embargo, sabía muy bien que no estaba en disposición de ganar, después de haber pasado la tarde bebiendo un *whisky* tras otro.

Banion tomó el taco y recuperó las bolas.

—Como quieras —accedió, zumbón, dirigiendo una mirada burlona a los amigos que observaban la partida—. ¿A cien dólares, cien carambolas?

—Doscientos, a cien carambolas —respondió Buck, secamente.

Un camarero se abrió paso a través de la densa humareda, y tocó a Buck en el hombro.

—Te llaman por teléfono, Buck. Desde Delvis —dijo.

Buck gruñó algo entre dientes y se dispuso a jugar, sin tener en cuenta la llamada desde el distante Delvis.

Sin embargo, dejó el taco sobre la mesa y miró torvamente al sonriente Banion.

—Ve jugando, si quieres. Y afina tu taco, Gerty. No me ganarás ésta —alardeó.

Abandonó la sala, cruzó el pasillo y se introdujo en la cabina telefónica. El camarero había dejado el auricular descolgado, y Buck se lo llevó al oído.

—Buck Katsum al habla. ¿Quién es? —Gruñó, impaciente.

—Ah, señor Katsum. Seguramente, usted sabrá que su hermano Artie ha sido detenido, poco después de atracar un Banco —le respondieron.

—Me lo dijo el abogado. ¿Y qué...?

—La policía nunca hubiera detenido a su hermano y a Dick Bonder, si un tipo no hubiera intervenido. Ese individuo se llama Briam Dukes, y hace una semana que abandonó la penitenciaría del estado. En realidad, es un chivato, un desgraciado, que sólo buscaba obtener la recompensa que el Banco ofrece, cuando se recupera una cantidad robada. Dukes ha recibido, por su chivatazo, casi diez mil dólares.

—¿Cómo dice que se llama ese tipo? —Gruñó Buck, interesado al oír hablar de dinero.

—Briam Dukes. Está en Delvis, y mañana conducirá un camión hasta México, distrito federal. Saldrá a las seis de la mañana de Delvis, hacia la frontera.

—¡Oiga, usted, quienquiera que sea! ¿Por qué me dice todo esto?

Sonó una carcajada a través del hilo telefónico.

—Verá, he oído hablar de usted. Me dijeron que era un hombre muy peligroso y capaz, que jamás dejaba de vengarse de quien le hacía una faena a usted o a cualquiera de los suyos.

—Puede jurarlo —exclamó Buck, que se sentía rabioso por la pérdida de sus ochocientos dólares—. Buscaré a ese tipo, a Dukes. Pero ahora, estoy muy ocupado.

—¿Tanto como para olvidar que su hermano Artie irá a la cárcel por diez años o tal vez más?

—Oiga, amigo, parece usted muy interesado en este asunto. Supongo que tiene algo contra Dukes...

—Acierta. Quiero verlo... muerto.

—Oiga, oiga, en ese caso podríamos llegar a un arreglo. Usted tal vez esté dispuesto a pagar algo, a cambio de la muerte de Dukes. —Buck había «olido» rápidamente la posibilidad de ganar algún dinero.

—Exactamente. Le daré diez mil dólares. Por el momento, ya le he entregado cinco mil.

Recibirá otro tanto cuando esté seguro de que Dukes ha dejado

de existir.

Buck pronunció una palabrota.

—Escuche, amigo, usted está borracho. ¿Dónde están esos primeros cinco mil dólares? —barbotó, violento.

—Deje el teléfono descolgado; le estaré aguardando. Vuelva a la sala de billar. Su chaqueta está colgada en una percha, al fondo, ¿no? Meta la mano en el bolsillo exterior derecho, y encontrará un sobre amarillo con cinco mil. Vaya, compruébelo y vuelva aquí.

¿De acuerdo?

—Supongo que sí —respondió Buck, desconcertado.

Dejó el teléfono sobre la repisa de madera de la cabina, corrió por el pasillo adelante, y cruzó la sala de billar, donde Banion se hinchaba a sumar carambolas.

Metió la mano en el bolsillo izquierdo de su chaqueta y... encontró el sobre.

Lo abrió, cubriéndolo de las miradas de los demás, y palpó los crujientes billetes de cien dólares.

Se volvió, perplejo; dirigió una escrutadora mirada a los presentes, y se preguntó cuál de aquellos individuos había puesto el dinero en sus bolsillos, sin que él se apercibiera.

Finalmente, se encogió de hombros y guardó el sobre en el bolsillo de su pantalón. Volvió al trote hasta la cabina telefónica, alzó el auricular y dijo:

—¿Sigue ahí?

—Desde luego. Ya tiene los cinco mil, ¿no es cierto?

—Sí, pero no acierto a comprender cómo...

—No es imprescindible que se devane los sesos, Buck. Ahora, tenga en cuenta mis instrucciones. No quiero que anote nada, sino que guarde los datos en su cerebro. ¿Podrá hacerlo?

—Por diez mil dólares, estoy dispuesto a grabarme en el cerebro la guía telefónica completa —respondió Katsum, tajantemente.

—En tal caso, escuche...

Buck clavó sus ojos en el techo, y se dispuso a escuchar.

De vez en cuando, asentía con lentos y poderosos cabezazos.

Finalmente, asintió una vez más y colgó el teléfono.

Volvió a la sala de billar, pensando que iba a resultar muy placentero vengar a su hermanito Artie.

Dukes se hizo cargo de la documentación a las seis menos cuarto.

La mañana era muy fría, y la niebla envolvía los muelles de carga de la fábrica de pinturas Devine.

Dos mecánicos habían arrancado ya el motor del poderoso «G. M. C.»

con capitoné, y su ayudante aguardaba en la cabina, frotándose las manos.

¡Briam! —exclamó el hombre, cuando Dukes subió a la cabina—. ¿No me recuerdas, muchacho? Soy Hal Madison.

Dukes estrechó, fuerte, la enorme mano de Madison. Se sentía agradablemente sorprendido.

—Claro que te recuerdo, Hal. Tú me enseñaste a conducir y todo lo que sé de mecánica. Me encanta hacer este viaje contigo, viejo amigo —exclamó, palmeando las anchas espaldas del mecánico.

Encendieron cigarrillos, Dukes revisó los instrumentos del panel, encendió los faros y arrancó.

La niebla era mucho más espesa cuando salieron a la carretera Cincuenta y Cuatro.

Pronto, la calefacción funcionó al máximo, y la temperatura de la cabina se tornó agradable hasta el punto que Dukes tuvo que desprenderse de su cazadora de piel.

Dukes miró de reojo a Madison.

—Me cuesta trabajo creer que seas precisamente tú mi ayudante, Hal —dijo.

—¿Te extraña? Tengo ya cuarenta y ocho años, Briam.

Y mi vista no es tan buena como antes. Del taller de reparaciones, Devine me envió a los camiones, como ayudante. En realidad, creo que trata de deshacerse de mí. Piensa que no sirvo para nada, ya confesó, con un dejo de tristeza.

—Pero eso no es justo. Has dedicado casi toda tu vida al negocio de Bob —respondió Briam sorprendido y disgustado.

—Bueno, tú sabes cómo es él. Sólo le interesa ganar dinero. Si un hombre no rinde lo suficiente, le despide.

—Se ha hecho muy rico...

—¿Rico? Creo que no se vendería por cien millones de dólares.

—¿Tanto? —Briam redujo la velocidad cuesta arriba, y se desvió al carril para vehículos pesados.

Un estilizado «Jaguar» verde les adelantó como una centella cuesta arriba, y se perdió en el cambio de rasante, antes de que Dukes tuviera tiempo para dar la luz corta.

—¡Ese loco! —bufó Hal, barrenándose la frente con el dedo índice—. ¡Correr de esa manera, con esta niebla tan espesa...!

—Hablábamos de los millones de Bob Devine. ¿Cómo es posible que haya podido ganar tanto dinero? La fábrica de pinturas tiene una producción muy limitada; y Bob no se gasta un centavo en publicidad para elevar las ventas... —comentó Briam, intrigado.

—Tienes razón —convino Madison—. Yo también me he preguntado cómo gana los millones. Entre los conductores, se rumorea que Devine hace contrabando...

Hal sacó un termo, y ofreció a Dukes un vaso con café, caliente y aromático.

—¿Contrabando? ¿Qué clase de contrabando? —preguntó, muy interesado.

El motor del camión ronroneaba, potente. Las cuestas y las curvas se sucedían, y la niebla iba tomándose más espesa sobre todo en las alturas.

—No lo sé —respondió Madison, entre sorbo y sorbo de café—. ¿Me guardarás el secreto si te digo que he tratado de averiguarlo por mí mismo? Incluso he abierto varias cajas de pintura, en ruta. No descubrí nada anormal. Botes de pintura, era lo que contenían los embalajes de cartón. Nada más.

Volvieron a fumar, y permanecieron un buen rato en silencio. Al cabo, Dukes miró a Madison fugazmente, atento a la carretera.

—Te agradezco que no hayas mencionado a Bill Crane.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Madison parecía extrañado—. Es una vieja historia ya pasada, que no interesa a nadie.

—¿Estás seguro, Hal? Cuatro camioneros, incluido uno que se llama Nathan

O'Hara,

me dieron una buena tunda...

—Conozco a

O'Hara

y a los otros. Devine los despidió hace pocos días.

—Es posible, pero Sarah Crane intentó acribillarme a balazos, en mitad de la calle —insistió Dukes.

—Algo oí hablar de ello. Y me sorprendió.

—¿Por qué, Hal?

—Porque Bill y Sarah se odiaban. Eran hermanastros. Y Bill la golpeaba cada noche, cuando volvía borracho a casa. Mi opinión particular es que Sarah no sintió mucho la muerte de su hermano.

—Es extraño, sí. Por otra parte, tienes razón: Bill era un hombre bronco y de un carácter condenado. Siempre llevaba un revólver consigo...

—Sí, vi el arma muchas veces en su cabina. Era un «Colt» 38. Nunca se separaba de él —respondió Madison.

A Dukes le dio un vuelco el corazón.

—¡Hal! ¿Serías capaz de declarar eso ante el comisario Dolan? —exclamó, dominado por la ansiedad.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa, Briam? Te veo muy excitado —respondió Madison, observándole.

—¿Declararías, ante Dolan, que Bill Crane poseía un revólver, y que nunca se separaba de él? —insistió Briam.

—Desde luego, si eso te sirve de algo. Aunque no comprendo una palabra. ¿De qué podría valer mi testimonio? ¡Todos los mecánicos y conductores de Devine sabíamos lo del revólver!

—También Bob debía saberlo porque, según sus declaraciones, yo maté a Bill en su presencia. Y Bill tenía su revólver en la mano, aquella noche. Pero cuando hace un par de días consulté a Devine sobre ello, *dijo que jamás había visto aquel revólver.*

CAPÍTULO IX

La ciudad de Carrizozo apareció a un par de millas.

Eran las diez de la mañana. El sol, alto ya, había elevado la niebla y despejado el paisaje.

A la derecha apareció un motel de carretera.

—Eso es Soledad Inn. Hacen unos magníficos bistecs de ternera a la salsa picante. ¿Quieres que desayunemos aquí? —dijo Madison.

Dukes redujo la velocidad, pisó el freno, puso el intermitente a la derecha, y se detuvo ante el motel, muy cerca del mismo.

El aire comprimido silbó fuerte, cuando descendían de la cabina. Dukes echó una ojeada a la compuerta posterior y a las ruedas, y caminó junto a su ayudante, hacia el motel.

El aroma a café, a tocino frito y a salchichas, era suficiente para abrir el apetito a los dos hombres.

Mientras Hal encargaba el desayuno al mozo, Dukes dirigió una ojeada al enorme camión.

—Parece que las pinturas Devine tienen éxito en México —comentó.

Madison movió la cabeza negativamente.

—No lo creas. De vez en cuando, los mexicanos nos devuelven un cargamento completo. Pero Devine parece estar muy interesado en ganarse el mercado del país vecino. Aunque vende allí más barato que en nuestro país —respondió Hal.

Comieron con buen apetito, tomaron café, pagaron y salieron a la carretera de nuevo.

El viento, frío, azotó sus rostros en el exterior. Hal arrugó el ceño, y señaló hacia el Este.

—No me gustan nada esos nubarrones —gruñó—. Va a haber tormenta.

Subieron a la cabina.

El motor del camión rugió, poderoso, y el vehículo prosiguió la ruta, siempre hacia el Sur.

No cambiaron una palabra durante largo rato. Se aproximaban a las estribaciones de Sierra Blanca, y el camión escalaba las agudas pendientes hacia el puerto.

Formaciones de nubes tormentosas envolvían los picachos, y la visibilidad descendió tanto que Dukes se vio obligado a encender los faros de nuevo.

Por fortuna, circulaban pocos vehículos a lo largo de la ruta. Aunque Dukes permanecía atento a los retrovisores, apenas tuvo tiempo para divisar el «Jaguar» verde, que tornó a adelantarles a ciento cincuenta kilómetros por hora, cuando el camión se aproximaba a una curva.

Otro camión apareció en la vuelta súbitamente, el «Jaguar» volvió a la derecha con brusquedad, y frenó tan a fondo que el

«G. M. C.»

de Dukes se precipitó sobre él, sin tiempo para aminorar la velocidad.

Hal se encogió en el asiento y gruñó una imprecación muy fuerte. Sin embargo, cuando la colisión parecía inminente, el automóvil deportivo se despegó de ellos, y desapareció en la curva.

Dukes dejó escapar un suspiro, y Hal tornó a despotricar:

—¡Ese canalla! Ha estado a punto de matarnos.

Era cierto.

El

«G. M. C.»,

bruscamente detenido cuesta arriba, se había doblado por la articulación, y sus ruedas traseras volaban materialmente sobre el vacío.

El otro camión se había detenido a veinte metros de distancia, y su conductor gritó a pleno pulmón:

—¡Eh, compañeros! ¿Necesitáis ayuda?

—¡No es nada! —respondió Duke—. Creo que podremos seguir.

El motor se había calado. Dukes tiró de la palanca del freno de mano, dio al arranque, metió la velocidad, embragó suavemente y quitó el freno: el

«G. M. C.»

vibró fuertemente, y las ruedas motrices se pusieron en marcha; el vehículo se enderezó y rodó despacio cuesta arriba.

—Como llegue a encontrarme al tipo del «Jaguar» a lo largo de la ruta, juro que le romperé media docena de costillas —bramó Madison, tremante de indignación.

—Es extraño —murmuró Briam.

—¿Qué es extraño?

—La conducta de ese tipo, el del «Jaguar». Nos adelantó en circunstancias parecidas, trescientos kilómetros atrás. Ahora vuelve a aparecer... Se diría que nos viene siguiendo.

—¿Piensas en un atraco? Olvídalo: las pinturas no suponen el mejor botín para unos atracadores de carretera.

—No me refería a eso, Hal. *Es posible que vengan por mí.* No olvides que he sido objeto ya de varios atentados —respondió Dukes, sombrío.

Madison no dijo nada. Bastaba mirarle, sin embargo, para comprender que se sentía preocupado.

En aquel momento, comenzó a llover. En realidad, más que llover, pocos minutos después, estaba diluviando.

El aguacero llegó a ser tan espeso que la visión se tornó más y más dificultosa, a pesar de que los limpiaparabrisas funcionaban a la mayor velocidad.

El camión coronó el cambio de rasante y se embolsó sensiblemente cuesta abajo.

Dukes frenó intermitentemente y redujo la velocidad.

De repente, el grueso tronco apareció ante ellos, cruzado sobre la carretera.

Frenar a fondo hubiera resultado descabellado, pues los neumáticos hubieran patinado sobre el firme convertido en arroyo.

Dukes sólo tuvo tiempo para levantar el pie derecho del acelerador y apoyarlo suavemente en el freno.

El paragolpes embistió al árbol derribado, lo elevó en el aire y una rama se desgajó y chocó contra el parabrisas que, milagrosamente, no se rompió.

Hal se dejó caer sobre el asiento, y rodeó su cabeza con manos y brazos, aterrado.

Sin perder la serenidad, Dukes pisó el embrague, sin dejar de oprimir levemente el freno, cambió de velocidad, y tornó a frenar a

intervalos.

Súbitamente, el camión se inclinó a la derecha, se agitó salvajemente y... se detuvo.

El estrépito cesó, y sólo se oyó entonces el salpicar de la lluvia sobre el techo de la cabina y la agitada respiración de Madison, que se incorporó lentamente, miró a Dukes, demudado, y rompió a gritar maldiciones.

—Creo que ahora ya no tendrás ninguna duda, Hal: se trata de un atentado. Pusieron ese tronco en la carretera con un solo fin: despeñarnos —dijo Briam.

Se puso su cazadora y bajó.

A pesar de que el viento, frío, azotaba su cuerpo a rachas, noto que una oleada de sudor le envolvía.

El camión se había detenido, fuera del arcén, al borde de un barranco de unos ciento cincuenta metros de profundidad. Allá abajo, un torrente de aguas rojizas se despeñaba sobre una caída de cincuenta metros.

Silbó quedamente: las dos ruedas de la derecha del tractor estaban en el vacío, después de dejar su huella sobre el barro rojo de la cuneta.

También Madison había descendido de la cabina, y contemplaba el precipicio, con las facciones tensas y grises.

—¿Crees que podremos salir de aquí, sin el auxilio de una grúa? —preguntó Hal, escéptico.

—Tendremos que intentarlo. No tenemos radio, ni podremos enviar ningún mensaje, a menos que otro vehículo cruce por aquí —respondió Dukes.

Rodearon el vehículo, y advirtieron que las compuertas traseras se habían abierto, y parte de la carga había caído al suelo.

—Sube, Hal —indicó Dukes, mientras el agua chorreaba desde sus cabellos hasta el cuello—. Vamos a subir estas cajas.

Uno de los embalajes de cartón se había roto, y algunos de los grandes botes de pintura se habían abierto o despanzurrado. La pintura chorreaba sobre el barro, tiñéndolo de rojo magenta.

Dukes tomó con cuidado, para no mancharse, uno de los botes deteriorados, y lo arrojó a la cuneta.

Ya se disponía a cargar con una de las cajas indemnes, cuando se interrumpió, corrió hacia la cuneta y recogió el bote que acababa de

arrojar.

Hal, que aguardaba en el interior del furgón, se impacientó:

—¿Qué pasa, por qué no te das prisa? ¿Qué es eso?

—No lo sé. Parece un pedazo de metal —respondió Briam—. Estaba dentro de uno de esos botes de pintura.

—Toma. Límpialo con un pedazo de algodón —le aconsejó Madison.

La pintura manchó sus dedos, pero Briam se sentía tan intrigado que no le importó ensuciarse.

El color dorado surgió bajo la viscosa pintura roja.

—¡Hal! ¡Es un lingote de... oro! —gritó, pálido.

—No es posible...

—Míralo tú mismo.

Madison tomó el lingote en sus manos, lo sopesó y, dándole la vuelta, miró el sello.

—Es un lingote de oro de la Reserva Federal —tuvo que admitir Hal.

CAPÍTULO X

Se miraron entre sí, de hito en hito, llenos de asombro.

—¿Quién pudo meterlo en el bote? —exclamó Madison, al cabo.

—Pero ¿no lo comprendes? ¡Esto es contrabando! Tienes en tus manos la explicación a la incomprensible riqueza de Bob Devine —gritó Dukes, tan excitado que se atragantaba al hablar.

—Contrabando de oro... —murmuró Hal.

—Claro. A Estados Unidos le sobra el oro, pero hay muchos países que lo necesitan. Y lo adquieren para fundirlo, sin importarles demasiado su procedencia.

—¿Cuántos lingotes como éste calculas que estamos transportando, Briam? —preguntó Madison, inquieto—. ¿Uno en cada bote?

—No lo sé. —Dukes parecía confuso—. Pero podemos comprobarlo.

—¿Te burlas? No podemos ponernos a vaciar cinco mil botes de pintura, en mitad de la carretera —protestó su compañero.

—Es verdad. ¿Cuánto pesará el lingote que tienes en la mano?

Madison tornó a sopesarlo.

—Un kilo, supongo.

—En tal caso, se me ocurre un sistema para comprobar si todos los botes contienen un lingote.

—¿Cuál?

—Abriremos los botes de una caja, y comprobaremos si todos están llenos. Si es así, y encontramos algún lingote en uno de ellos, el bote que lo contenga deberá pesar un kilo más.

—¿Y qué...? —Hal no acababa de entender la idea.

—Cada bote pesa cinco kilos, ¿no es verdad? Si multiplicamos cinco mil botes por cinco, tendremos veinticinco mil, que debe

corresponder al total de nuestra carga, más el peso de los embalajes. Bastará entonces que pesemos el camión en la primera báscula pública que encontremos al paso, y obtendremos la diferencia. Lógicamente, ése será el peso de los lingotes que Devine ha camuflado, en sus botes de pintura.

—Tienes razón. Pero creo que ahora lo mejor será cargar esto e intentar poner el camión sobre la carretera —decidió Madison, guardándose el lingote en el bolsillo.

—De acuerdo. Manos a la obra —respondió Dukes.

Vertió la pintura de otros tres botes despanzurrados en la cuneta. Pero no halló nada sospechoso en su interior.

La lluvia empapaba sus cabellos y su pantalón, y sus botas chapoteaban sobre el barro. La lluvia seguía cayendo, implacable.

Cargaron las cajas que se habían desparramado, y aseguraron el cierre de las compuertas.

Dukes tragó saliva, al ascender a la cabina.

—Quédate ahí fuera —indicó a Hal—. Si el camión se desliza hacia el barranco, será mejor que quede uno de nosotros para contarlo.

Puso el motor en marcha, mientras Hal, manejando una pala, arrojaba un relleno de gravilla bajo las ruedas motrices.

Suspiró hondo, metió la marcha atrás, y soltó el embrague hasta que el camión se estremeció. Sólo entonces empuñó la palanca del freno de mano y, sin soltarla, la aflojó.

Aceleró.

A través del cristal, sólo podía contemplar el vacío.

Las ruedas arrojaron un surtidor de barro hacia lo alto, patinaron, potentes y... el camión retrocedió despacio, dejando sobre el barro profundas huellas de rodada.

Al fin, las ruedas motrices montaron sobre el asfalto y mancharon el firme de barro.

Hal saltó, alegre, a su lado.

—¡Adelante, muchacho! Por esta vez, no tendrán que recoger tus fragmentos con pinzas, allá en el fondo del barranco —gritó.

Dulces dejó escapar con un resuello, el aire contenido a presión en sus pulmones.

Apresuradamente, sacó un cigarrillo, lo encendió e impregnó sus pulmones con una profunda bocanada de humo.

—Confieso que lo he pasado peor, cuando el camión se resistía a retroceder, que a lo largo de doce años de prisión —respondió, sombrío.

—¡Uf, también yo lo pasé mal, cuando chocamos contra ese tronco! —bufó Madison.

—¿Has visto los desperfectos de la cabina? —consultó Briam.

—Nada. Apenas unos rasguños en la pintura. Las defensas del paragolpes elevaron el tronco y le arrojaron al vacío. Podemos seguir.

—Sí. Pero abre bien los ojos, Hal. No me extrañaría que volviéramos a tener algún encuentro desagradable.

Metió la primera velocidad y embragó. El camión se deslizó fácilmente cuesta abajo, y aumentó progresivamente su velocidad.

Hal parecía muy intranquilo.

—Creo que te equivocabas al suponer que esos tipos del «Jaguar» venían por ti, Briam —dijo.

—¿Por qué?

—Los lingotes, ¿no lo comprendes? Ellos deben saber lo que llevamos en los botes de pintura. ¡Tratan de robarnos la carga!

Pero Dukes denegó con la cabeza. Esperó hasta superar una cerrada curva a la izquierda, y se volvió fugazmente para mirar a Madison.

—No opino como tú. Si quieren robar la carga, no necesitan despeñarnos al fondo de un barranco. Sería muy penoso para ellos rescatar los botes desde las aguas del torrente. Parecen tipos muy decididos, ¿no es cierto? Sería más fácil atracamos en cualquier lugar a propósito, como éste, por ejemplo, sin necesidad de poner en peligro la carga, ¿no?

—Tienes razón —concedió su ayudante—. No sería lógico destrozar el camión, sino, simplemente, secuestrarlo.

Callaron.

Después de haber visto la muerte tan de cerca, Dukes conducía con todos los sentidos alerta.

La tempestad de agua proseguía sin interrupción. Las nubes, muy bajas, envolvían los valles y los despeñaderos, y borraban el horizonte.

Dukes vigilaba con atención latente el tramo de carretera que la lluvia le permitía ver, y miraba insistentemente a través del espejo

retrovisor, lleno de desconfianza.

Se preguntó quién podría tener tanto interés en quitarle de este mundo, por los medios más violentos.

Sarah Crane, no, por descontado. Aunque había intentado acribillarle, Sarah odiaba a Bill, y sólo podía alegrarse de su muerte.

Dolan había interrogado a la mujer durante varias horas, pero no consiguió otra declaración que lo que ya era evidente: Sarah había intentado vengar la muerte de su hermano.

Desde luego, Sarah iría a la cárcel. Pero se llevaría con ella su secreto.

—Alguien le pagó por mi muerte —se dijo Dukes, recordando el sobre con cinco mil dólares que había caído del bolso de Sarah Crane—. Pero ¿quién?

Pensó en Bob Devine, que había mentido a la policía, doce años atrás. ¿Por qué había ocultado la existencia del revólver del difunto Crane, qué podía ganar con ello, sino hacer más difícil la situación del propio Briam Dukes?

—¡Si pudiera recordar! —se lamentó para sí—. Si consiguiera abrimme camino a través de esta bruma que nubla mis recuerdos...

Su interés por rememorar todo lo ocurrido la noche que murió Bill Crane se estaba convirtiendo, para Dukes, en una obsesión.

Miles y miles de
noches' habían
transcurrido para él en blanco, en la prisión, intentando continuamente lo mismo: recordar.

Y cuando no había permanecido en vela, se había visto asaltado por las más horrendas pesadillas.

—Me volveré loco —temió muchas veces, en la cárcel—. Un día u otro, mi cerebro estallará.

Pensó si no estaría, en verdad, loco de atar.

Porque locura era desafiar a la suerte; locura también renunciar a Jessie y a su hijo, para emprender aquel viaje a México, que podía terminar... en el fondo de un barranco. —Fuma—. Hal le ofrecía un cigarrillo, tratando de sacarle de su prolongado mutismo.

Fumaron.

La carretera, a través de la Sierra Blanca, se convertía en un camino de pesadilla, bajo la tempestad de agua y viento huracanado.

A veces, el camión se bamboleaba, impulsado por violentas ráfagas de viento, y el vehículo parecía a punto de ser empujado al fondo de los abismos que se sucedían, ahora a izquierda, luego a derecha.

Lo peor de todo era sentirse rodeado por las brumas que ascendían del fondo de los desfiladeros.

Los faros del camión apenas podían profundizar unos metros en los densos torbellinos de niebla, que se desgajaban a jirones entre los picachos.

Era como... caminar a ciegas a lo largo de una estrecha pasarela tendida sobre el abismo.

—Briam. —¿Qué?

—Me gustaría saber qué piensas hacer cuando nos detengamos en Tularosa y hayamos averiguado lo que sea respecto a la carga —quiso saber Madison.

—No lo sé... aún. Antes de decidir nada, quiero saber a qué atenerme —respondió.

—Es posible que llevemos media tonelada de oro en el camión. Tal vez, una tonelada.

—Sí.

Madison se impacientó.

—¡Eres frío como un pez! —exclamó—. ¿Es que no te da frío ni calor saber que llevas una inmensa fortuna ahí detrás?

Dukes pensaba en otra cosa: pensaba en Jessie, y en su hijo, el pequeño Briam, a quien ella había cuidado durante tantos años, sin la ayuda de nadie.

—Estaba distraído, Hal. Desde luego, me siento preocupado por nuestro hallazgo. ¿Qué crees tú que deberíamos hacer, una vez comprobada la cantidad de lingotes que llevamos en el camión?

Hal desvió los ojos.

—Supongo que una persona honrada se pondría en contacto con la policía, con el FBI, qué sé yo —respondió ambiguo.

—Quiero saber lo que piensas tú —exigió Briam.

Madison se agitó muy inquieto en su asiento.

—Me siento desorientado. Por otra parte... no puedo olvidar que Devine me despedirá pronto en cuanto cometa la menor equivocación. Me ofrecerá dos o tres mil dólares de indemnización y se quedará tan tranquilo. Yo soy viejo, muchacho, y no me será

nada fácil encontrar un nuevo empleo, a mis años. Pero esos lingotes...

—Sigue, no te detengas.

—Para ser claros, Briam: si nos quedásemos con ese Oro, ninguno de los dos volveríamos a pasar dificultades por el resto de nuestros días. Para mí, supondría una bonita forma de vengarme de Bob Devine, de todos los desplantes y humillaciones de que me ha hecho objeto, a lo largo de los años que llevo trabajando para él.

—Si nos quedásemos con los lingotes... no podríamos volver a Delvis. Tendríamos que ocultarnos, lejos, para evitar que Bob se tomara la venganza en nosotros. Tú conoces bien a Bob...

—Bueno, no había pensado en ello. Tienes razón, no podríamos vivir en Delvis, pero en mi caso no tengo elección, supongo. Si sigo en Delvis, limpio y puro, como una gota de agua caída del cielo, me moriré de hambre. ¿Qué harías tú en mi situación? —preguntó Hal.

—No lo sé —confesó Dukes.

—Mira, compañero —insistió Hal, excitándose por momentos—: podríamos vender los lingotes en México, y cambiarlos por buenos billetes americanos o mexicanos. ¿Cuánto crees tú que obtendríamos por una tonelada de oro?

Dukes realizó un rápido cálculo mental.

—Supongo que unos... cinco millones de dólares —respondió.

—¡Cinco millones! —exclamó Madison, asombrado—. ¿Te imaginas lo que tú y yo podríamos hacer con ese dinero? Devine no podría encontrarnos jamás.

—Desde luego, no podrías gastar tu parte en lo que te resta de vida, Hal. Pero ¿serías capaz de vivir como un millonario, holgazaneando de hotel en hotel, lejos de tu trabajo y de tus amigos, siempre con el temor de ser acribillado en el momento menos pensado? —preguntó Dukes.

Madison se encogió de hombros y respondió:

—No lo sé, diablos.

CAPÍTULO XI

Dukes abonó diez dólares al encargado de la báscula, recogió el papel y subió a la cabina del camión.

—¿Qué? —inquirió inmediatamente Madison.

—Llevamos entre novecientos y mil kilos de exceso de carga —informó Briam. Y dejó el papelito en la bandeja, bajo el panel de instrumentos.

—¡Lo que habíamos calculado! —exclamó Madison, brillantes los ojos—. Es decir, debe haber un lingote cada cinco botes de pintura, dos en cada caja, aproximadamente.

—Eso supongo —admitió Dukes con serenidad—. ¡Bueno! ¿Qué vamos a hacer?

Dukes le dio a la puesta en marcha.

—De momento, vamos a seguir adelante —respondió—. Creo que vale la pena meditarlo, Hal. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Madison asintió a regañadientes.

* * *

Gerty Banion sacó un habano de su cigarrera, lo despuntó de un mordisco y lo encendió con un fósforo de madera.

Buck Katsum, que había estado vigilando a través de los empañados cristales de la cafetería, volvió junto a él.

—Van para allá —dijo.

—¿Qué hacían ahí enfrente? —preguntó Gerty, que era tan corpulento como Katsum, aunque conservaba algunos cabellos hacia la coronilla.

—Han pesado el camión. Supongo que será una obligación para

ellos.

Gerty mordió el puro, impaciente.

—¿Qué esperamos aquí? ¿Por qué no les seguimos, y acabamos con ese tipo de una vez? Empiezo a sentirme nervioso.

—Calma, Gerty. Tómate otro *whisky*.

—Ya me he tomado media docena y comienzo a sentirme rabioso. Podíamos haber terminado ya con Dukes. Ese tipo parece tener siete vidas como los gatos.

Buck rió a carcajadas.

—Nada de siete vidas, Gerty. Ha tenido suerte hasta ahora. Eso es todo.

—Pero ¿por qué aguardamos? Hace un día de lo más desagradable, y no me hace gracia dejarme llevar por ti en ese cacharro, a doscientos kilómetros por hora. Podíamos estar ya de regreso, en casa.

—El hombre que nos paga me dijo que esperase aquí hasta la una del mediodía. Insistió en ello. Yo no comprendo su capricho, pero sé que debemos cumplir con sus instrucciones. ¿Has olvidado que vas a cobrar cinco mil dólares por un paseo en coche?

—No entiendo una palabra. En fin, tomaré otro *whisky* —respondió Gerty.

A la una en punto, un camarero se detuvo ante los dos hombres.

—¿Quién de ustedes dos es el señor Katsum? —preguntó.

—Yo. ¿Qué ocurre? —Buck le miró, desconfiado.

—Le llaman por teléfono, señor. La cabina está al fondo —respondió el chico, que aguardó inútilmente una propina, puesto que Katsum le dio bruscamente la espalda y corrió hacia la cabina telefónica.

—Buck Katsum al habla. ¿Quién llama? —pronunció atropelladamente.

Reconoció enseguida la voz que resonó en su oído: era la del hombre que le había encargado matar a Briam Dukes.

—Creo que ya ha reconocido mi voz Buck. ¿Cómo van las cosas?

Katsum se rascó furiosamente la nuca.

—Bueno, no se puede decir que haya tenido mucha suerte, señor...

—Llámeme simplemente Joe.

—¿Es ése su nombre?

—Desde luego que no, pero ¿qué importa? Decía que no había tenido mucha suerte..., ¿a qué se refiere?

—La verdad es que lo he intentado en dos ocasiones, en las estribaciones de Sierra Blanca. Pero ese Dukes ha salido bien del apuro...

—¿Cómo? —La voz sonaba furiosa—. ¿Quiere decir que ha intentado matar a Dukes en nuestro país? ¡Pedazo de idiota, le dije que sólo debía intentarlo cuando Dukes y Madison volvieran de México y *precisamente en territorio mexicano*! ¿Es que no recuerda mis instrucciones?

Buck inclinó la cabeza, contrito, como si su interlocutor pudiera verle.

—Sí, sí, lo recuerdo. Pero olvidé decirle que no tengo pasaporte, de modo que no puedo entrar en México. Pensé..., imaginé que lo importante era hacer desaparecer a Dukes.

—Ha cometido un gravísimo error, Buck —la voz vibraba, dominada por la cólera más intensa—. Puede agradecer a la casualidad su fracaso, porque si llega a tener éxito...

—¡Oiga, oiga! No estará usted amenazándome, ¿eh? No permito...

—¡Cállese! —le cortó el otro, sin contemplaciones—. Si voy a pagarle a usted diez mil dólares por quitar a un hombre de este mundo, puedo pagar igualmente el doble para que le eliminen a usted, Katsum, ¿o no lo comprende?

Buck calló como un muerto.

—Está bien —siguió el otro—, ¿qué es lo que hizo?

—Intenté despeñarle por dos veces. La segunda vez, mi compañero y yo cortamos un tronco y lo derribamos sobre la carretera cuando el

«G. M. C.»

se aproximaba. Pero el caso es que Dukes ha conseguido llegar a Tularosa, y ahora prosiguen la ruta hacia El Paso.

Viendo que su interlocutor no contestaba, Buck se arriesgó a preguntar:

—¿Cuáles son sus instrucciones ahora, Joe? Ya sabe que ni mi amigo ni yo disponemos de pasaportes...

—Eso no era ningún obstáculo. Bastaba con que me lo hubiera hecho saber, cuando le di el encargo. En fin, procuraré arreglarlo. Y

ahora, escúcheme bien, Buck, y no se aparte ni un milímetro de mis instrucciones, si no quiere tener un grave tropiezo.

—De..., de acuerdo, Joe. Fiable.

—Cambien de coche en Tularosa, de forma que puedan seguir fácilmente el camión, sin que Dukes o su compañero sospechen. Adelántese cuanto pueda, vayan a El Paso y visiten a Ken Ortiz, en Hoya Street, treinta y uno. Ortiz les entregará sus pasaportes para poder viajar por México.

—Bien.

—Seguirán al camión y le vigilarán de cerca, pero con discreción. Sólo cuando Dukes haya descargado la mercancía en México, D. F. y emprenda el regreso hacia la frontera, podrán comenzar a disparar contra ellos. Nada de despeñar el camión. ¡Acribillen a Dukes y a Madison, asegúrense de que están muertos y vuelvan! ¿Ha oído bien, Buck? —Perfectamente. Sin embargo, tendremos que aclarar algo.

—Hable.

—Mi compromiso consistía en matar a Dukes, pero no hablamos para nada de ese Madison.

—De acuerdo. Agregaré otros diez mil. Les haré llegar el dinero de la misma forma que en la primera ocasión. Y ahora, póngase en marcha.

—*Okay*, Joe —respondió Buck. Y colgó.

Volvió junto al impaciente Gerty, frotándose las manos de satisfacción.

—¿Qué ocurre? —preguntó Banion—. ¿Buenas noticias?

—¿Buenas? ¡Inmejorables! Vamos a cobrar el doble, socio. Pero salgamos de aquí, te hablaré por el camino.

Se lo explicó todo, mientras volvían al «Jaguar».

Buck arrancó locamente, y condujo a través de las calles de la ciudad hasta encontrar un garaje dedicado al alquiler de automóviles.

Los trámites fueron muy rápidos, puesto que Buck dejó su carísimo coche en depósito.

Eligieron un potente «Buick» dos plazas, depositaron cien dólares, y volvieron a la carretera.

Buck condujo a gran velocidad durante una hora. Pero el
«G. M. C.»

no aparecía a la vista, en toda la distancia que abarcaban sus ojos.

—Ese tipo está aprovechando el llano, de lo lindo —observó Gerty Banion.

—Nos lleva media hora de ventaja, pero lo alcanzaremos dentro de poco. Un camión no puede sacarme tanta diferencia. Ahora mismo vas a comprobarlo, socio —respondió Katsum, apretadas las mandíbulas en un rictus de rabia.

Hundió el pie en el acelerador, y el motor del coche rugió. La aguja del velocímetro ascendió vertiginosamente a ciento sesenta, ciento ochenta y ciento noventa kilómetros por hora.

Buck oteaba el confín de la carretera continuamente, ansioso por descubrir la familiar silueta del

«G. M. C.».

Acababan de salir de una curva cuando Gerty señaló con un dedo ante ellos, y gritó:

—¡Allí, allí! ¡Ya lo tenemos, Buck!

Katsum apretó aún más el acelerador. Pero cuando estuvieron a la zaga del camión, comprobaron, desilusionados y rabiosos, que no era el vehículo que buscaban.

Buck frenó a fondo.

Chirriaron desagradablemente los frenos, el «Buick» se bamboleó peligrosamente, y se detuvo, al fin, sobre el arcén.

—No puedo creerlo —murmuró Katsum, tristemente.

Pero Gerty, más práctico, sacó el mapa de carreteras, y lo extendió ante él.

—Tienes razón. Dukes no ha podido sacarnos tanta ventaja, de ninguna forma, a menos que... fuera capaz de volar. Tiene que haber otra explicación.

—¿Cuál?

—Aquí está —el dedo índice manchado de nicotina de Gerty señalaba el mapa—. Probablemente, se desviaron en Orogrande a través de la Setenta y la Ochenta y Dos, para alcanzar la autopista nacional Veinticinco. Dukes es astuto: el recorrido hasta El Paso es cincuenta kilómetros más largo, pero lo compensará rodando a mayor velocidad, en cuanto alcance la autopista.

Buck dejó caer un puño enorme sobre el volante.

—¡Hemos hecho el primo, maldita sea! Dukes nos ha engañado.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Gerty, que ansiaba terminar

cuanto antes el asunto.

—Seguiremos adelante, qué remedio. En el cruce con la Veinticinco, uno de nosotros permanecerá a la espera del «G. M. C.»,

por si acaso llegamos antes que ellos a El Paso. El otro irá a visitar a Ken Ortiz, y recogerá los pasaportes. No hay otra solución.

—¿Qué esperamos, entonces?

Buck le devolvió el mapa de un manotazo y apretó el acelerador. La caja de cambios automática impulsó el coche hacia adelante inmediatamente.

* * *

Madison brincó sobre el asiento cuando el «G. M. C.»

penetró en el apartado garaje.

—Pero Briam. Yo creí que... —protestó.

Dukes le cortó con sequedad:

—No importa lo que creyeses Hal. Ahora ya sé lo que tenemos que hacer. Vamos baja.

Tengo ganas de estirar las piernas y de tomar unos tragos. Coge tu ropa y sígueme.

Madison obedeció a regañadientes.

—No lo comprendo —murmuró, caminando en pos de Dukes—. ¿Es que vamos a dejar el camión aquí? Tenemos la Terminal. ¿O no?

—Los lingotes estarán más seguros aquí —dijo Dukes, a su oído—. No te preocupes: vigilarán el camión. Me han dado todas las garantías.

—Pero...

—Vamos, viejo. ¿Quieres confiar en mí? Tengo ganas de divertirme. Ven conmigo, nos gastaremos unos centenares de dólares, beberemos y descansaremos hasta mañana.

Creo que, después de todo lo ocurrido hoy, bien lo tenemos merecido. ¿Vienes?

—Está bien —accedió su ayudante—. Pero no entiendo una palabra de todo esto.

Un mecánico cerró las puertas metálicas del garaje, a su espalda.

Cruzaron ante una cabina acristalada, y un hombre joven y atlético, de cabellos rubios muy cortos, les salió al paso.

—¿Señor Dukes? Éstas son las llaves del coche. Lo encontrarán en la calle: es un «Rambler» gris. También les hemos reservado habitaciones en el hotel Ramada Inn. En cuanto al camión, estará listo a partir de las seis de la mañana —explicó.

—Perfectamente. Gracias, amigo —respondió Dukes. Tomó las llaves, y alzó la mano en un gesto de saludo.

—¿Qué es esto? —preguntó Madison desconcertado, cuando estuvieron en la calle—. ¿Un garaje, un servicio de engrase o... de vigilancia de cargamentos valiosos?

Dukes lanzó una carcajada.

—De todo un poco, amigo mío —respondió alegremente.

Pasó un brazo por los anchos hombros de su ayudante, y le empujó hacia el coche gris estacionado a pocos pasos.

Dukes se sentía satisfecho.

Las arrugas de su rostro comenzaban a distenderse. O quizá sólo fuera una impresión.

CAPÍTULO XII

Hacia las doce de la mañana, el
«G. M. C.»
alcanzó la ciudad de Chihuahua.

Rebasada la ciudad, Dukes se volvió a mirar a Madison y preguntó:

—¿Ves algo?

Hal bajó el cristal de su lado, y oteó hacia atrás, a través de unos prismáticos.

Estuvo mirando algo más de un minuto, y al cabo volvió a dejarse caer sobre su asiento y elevó el cristal.

—Sí, son ellos. Es el mismo «Buick», dos plazas. Son dos tipos. No puedo asegurarlo, pero juraría que son los mismos que vimos en Moctezuma —respondió.

—Eso quiere decir que nos siguen.

—¿Cómo puedes afirmarlo?

—Está claro —adujo Duke—. Llevan un coche potente, con el que podían habernos adelantado hace mucho tiempo. Sin embargo, se mantienen constantemente a un kilómetro de distancia. Pretenden pasar desapercibidos.

—¿Crees que son los mismos que atentaron contra nosotros en Sierra Blanca?

—Sí.

—Pero llevamos recorridos quinientos kilómetros a través de territorio mexicano, y no han vuelto a intentar nada contra nosotros.

—Lo sé. Supongo que habrá alguna explicación. Pero no debemos preocuparnos.

Hal dio uno de sus característicos brincos sobre el asiento.

—¡Esos tipos estuvieron a punto de matarnos y tú dices que no debemos preocuparnos! —exclamó nerviosa Dukes sonrió, enigmático.

Pero Madison no se sentía muy tranquilo.

—Sigo sin entender una sola palabra de todo este condenado lío. No te decides a quedarte con los lingotes, pero tampoco entregas el camión a la policía. ¡Y ahora pareces empeñado en entregar una tonelada de oro a los mexicanos...! —Gruñó, perplejo.

—¿Por qué no? Quizá sea ésta la mejor salida para nosotros dos: simular que no sabemos lo que transportamos, entregar la carga y evadir cualquier responsabilidad. Volveremos a casa como si nada hubiera ocurrido. Y en cualquier caso, si Devine trata de despedirte, disponemos de un motivo para presionarle —respondió Briam de forma sorprendente.

Hal se encogió de hombros, irritado.

—Creo que hubiera preferido entregar el camión con su carga a la policía —respondió, huraño.

—Lo sé —dijo Briam, observándole a hurtadillas.

Y sonrió de nuevo.

No llovió en toda la mañana, pero la llanura se vio sacudida violentamente por vientos huracanados que, a veces, inclinaban peligrosamente al camión.

No hablaron demasiado en el resto del trayecto.

A las dos de la tarde, se detuvieron en Gómez Palacio para almorzar. Media hora después, reemprendieron la marcha.

El «Buick» les seguía a la zaga, según pudo comprobar Dukes, que había sido relevado al volante por su compañero.

Pero en ningún momento se acercó a menos de un kilómetro, ni intentó adelantarles.

A las cinco estaban en México, distrito federal.

El

«G. M. C.»

rodó por una carretera de circunvalación, y alcanzó la zona Sur de la capital, allí donde proliferaban los almacenes y las fábricas.

La factoría donde debían entregar la carga estaba circundada por un alto muro de hormigón armado.

En la cancela de entrada había un vigilante armado, que sólo les permitió entrar cuando examinó la documentación que Dukes le

entregó.

La cancela se abrió al fin, y el camión atravesó una gran explanada, penetrando en un almacén.

Las puertas se cerraron inmediatamente tras el vehículo, y un individuo de unos treinta años, moreno y muy elegante, descendió desde una cabina acristalada que colgaba del techo.

—Dejen el camión. Éstas son sus reservas de hotel. Uno de nuestros coches les trasladará a la ciudad, si lo prefieren.

—Quiero partir temprano, amigo. ¿Estará el camión dispuesto? —preguntó Dukes.

El mexicano le dirigió una rápida y penetrante mirada.

—Eso espero. Váyanse ahora. Mis hombres se encargarán de la descarga —respondió.

Un joven les guió a través de un pasillo hasta un viejo coche americano.

—No me gusta nada de esto —rezongó Hal, en voz baja—. Vigilantes, metralletas, pistolas, gestos hosclos, exceso de precauciones y... ese galán de película almibarada indicándonos a cada momento lo que debemos hacer.

—Calla —le aconsejó Dukes.

Se acomodaron en el viejo coche, y el muchacho se puso tras el volante y arrancó.

—¿Buen viaje? —comentó en cuanto estuvieron fuera de la factoría.

—Excelente —respondió Dukes, irónico.

—Así que no surgió ningún incidente, ¿eh? —insistió el conductor.

—Un viaje de rutina. Todo fue bien —dijo Dukes.

—Pero, a veces, surgen incidentes en la aduana. Hay vigilantes aduaneros muy suspicaces, que se empeñan en registrar el cargamento —el mexicano vigilaba su expresión, a través del retrovisor interior.

—Se portaron bien, esta vez. De todas formas; ¿qué podían encontrar, de haberse empeñado en registrar el capitoné? ¡Cinco mil botes de excelente pintura sintética «Devine»!

—Claro, claro —exclamó el otro. Y no volvió a hacer ningún comentario.

Dukes se preguntó si aquel individuo trataba de sonsacarlos. En

realidad, no podía evitar la sensación de inseguridad que comenzara a experimentar en cuanto cruzaron la frontera.

Lo que hubiera de ocurrir... sucedería aquella noche.

Bruscamente, sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el coche se detuvo junto a la acera.

—Éste es su hotel, amigos. Vendré a recogerles a las cinco y media de la madrugada —dijo el chófer.

—Le estaremos esperando como al agua de mayo —gruñó Madison, entre dientes. Y se apeó.

El hotel en que les había reservado habitaciones era el Nacional, de segunda categoría, pero muy animado y cómodo.

Antes de subir los peldaños que llevaban al vestíbulo, Dulces miró de reojo a la derecha.

Allí estaba el «Buick» dos plazas puntual.

Mientras los dos conductores subían, Gerty Banion y Buck Katsum descendieron del coche y se volvieron de espaldas.

Hal Madison también debió verlos, porque sus facciones enrojecieron de cólera, y sus enormes puños se apretaron belicosamente.

—¡Ese par de canallas! No sé si podré aguantarme las ganas de enfrentarme a ellos y derribarles a puñetazos —gruñó, rabioso.

—Nada de eso, camarada —sonrió Briam—. Las autoridades mexicanas podrían multarte, por arrojar basura sobre la vía pública.

CAPÍTULO XIII

El timbre del teléfono zumbó cuando Briam acababa de meterse en el baño.

Como el zumbido insistía e insistía, incansable, tuvo que saltar fuera, cubrirse con una toalla, y correr descalzo hasta la mesita donde estaba el aparato.

—¡Al fin! —exclamó una voz al otro lado del hilo telefónico—. He estado llamándote docenas de veces, desde mediodía.

Era Bob Devine, y parecía muy impaciente.

—Ah, eres tú, Bob. ¿Por qué tanta prisa?

—Tenía que hablar contigo. ¿Qué ha ocurrido con la carga? Llamé a la factoría a la una, y me dijeron que todavía nos habíais llegado. ¿Por qué?

—Bueno, tuvimos un par de incidentes. Un loco estuvo a punto de hacernos volcar, en la carretera. Más tarde, en Sierra Blanca, chocamos contra un tronco caído en mitad del firme, y por poco nos despeñamos. Cuando llegamos a El Paso, era de noche y estábamos cansados. Decidí que era mejor descansar y proseguir el viaje al día siguiente. Era lógico; estábamos deshechos, puesto que estuvimos a punto de morir.

—Hay algo más, Briam —insistió Bob—. Llamé anoche a la Terminal de camiones, y me dijeron que el

«G. M. C.»

no había aparecido por allí. ¿Cómo puedes explicar eso?

—Escucha, Bob: ya te he dicho que estuve a punto de morir. Creo que no se trató de ningún accidente casual, sino de sendos atentados criminales. Por ello, cuando llegué a El Paso, opté por buscar un garaje alejado, y pasar la noche en un lugar seguro. ¿Qué hubieras hecho tú, en mi caso, sabiendo que alguien te está

buscando para matarte?

Bob tardó en responder.

—Lo siento, Briam. ¿Has hablado con alguien acerca de ello? —preguntó, al cabo.

—Con nadie. No confío en la policía, eso es todo.

—Está bien. ¿Entregaste la carga?

—Sí. Supongo que todo estará en orden, y podré regresar mañana —respondió Dukes.

—Perfectamente, Briam. Y celebro que no haya ocurrido nada irreparable. ¿Notaste si alguien os seguía, ya en territorio mexicano?

—No —mintió deliberadamente Dukes—. Todo ha ido bien, a partir de la frontera.

—Bien, ahora estoy más tranquilo. Hasta pronto, Briam —dijo Devine. Y colgó.

Dukes volvió al baño, sonriendo enigmáticamente.

Durante diez minutos permaneció allí, dejando que el agua caliente y perfumada tonificara y relajara sus músculos.

Luego se secó y se vistió, y se reunió con Madison. Cenaron juntos, en el comedor del hotel, fumaron un par de cigarrillos y se fueron temprano a sus habitaciones.

Briam había averiguado algunas cosas: los dos americanos que ocupaban las habitaciones veintidós y veinticuatro se llamaban Gerty Banion y Buck Katsum, y sólo permanecerían en el hotel aquella noche.

Katsum... podía muy bien ser hermano o pariente de Artie Katsum, uno de los dos atracadores del Banco del Sudoeste en Delvis.

En cuanto supo que Katsum y su socio acababan de salir del hotel —probablemente, se proponían cenar fuera para evitar un posible encuentro con Dukes y Madison—. Briam se sintió tentado de gastarles una broma pesada.

No era demasiado fácil, pero lo consiguió a base de emplear inteligentemente su dinero.

Una pastilla de marihuana prensada le costó trescientos dólares. Y sobornar al otro camarero para que penetrara en la habitación de Katsum y depositara la pastilla entre las pertenencias de aquél, supuso el desembolso de otros doscientos dólares.

Así, cuando se despidió de Hal Madison hasta el día siguiente, Dukes bajó al bar y utilizó el teléfono de aquella dependencia, que tenía línea directa con el exterior, sin pasar por la centralita.

Consultó la guía y marcó el número del servicio de represión de drogas y estupefacientes mexicano.

—Soy un camarero del hotel Nacional, señor. Esta tarde vinieron dos americanos, Gerty Banion y Buck Katsum. He penetrado en su habitación para llevar toallas y... sentí la tentación de registrar sus ropas. En el bolsillo de un chaquetón descubrí una pastilla de marihuana —dijo en castellano.

—¿Cómo se llama usted, dónde están los americanos? —le preguntaron.

—Si le dijera mi nombre, me despedirían del hotel, señor. En cuanto a los americanos, han salido hace media hora, pero regresarán a dormir —añadió. Y colgó rápidamente.

Dukes volvió a su habitación. Se sentía muy divertido, porque era indudable que Katsum y su compañero iban a tener problemas con la policía.

Sin embargo, apenas pudo conciliar el sueño aquella noche, dominado por aquella extraña sensación de peligro.

Con la pistola bajo la almohada, y los sentidos alerta, el sueño le sorprendió una hora antes de que el camarero de su planta llamase a su puerta para despertarle.

Cuando Hal y él descendieron hasta el vestíbulo para pagar su cuenta, Dukes deslizó veinte dólares bajo su mano, y los tendió al encargado nocturno.

—¿Qué ocurrió con los señores de las habitaciones veintidós y veinticuatro? —preguntó en un susurro.

—La policía los esperó hasta la madrugada en sus habitaciones. Pero no se presentaron —respondió el hombre, en el mismo tono de voz.

Dukes estuvo a punto de estallar en carcajadas: lo más seguro era que el mismo camarero sobornado por él les hubiera alertado... a cambio de unos centenares de dólares.

El coche de la factoría estaba esperándoles en la calle.

En la penumbra, Dukes escrutó las facciones del joven, con cierta ansiedad, pero la luz era muy escasa, y no notó nada anormal.

—¿Todo listo? ¿Han revisado el camión? —preguntó, en cuanto penetraron en el coche.

—El camión está dispuesto, engrasado y revisado. Podrán salir hacia su país, en cuanto lleguemos a la factoría —respondió el joven.

Aunque imperceptiblemente, Briam Dukes dejó escapar un suspiro de alivio, se recostó en el asiento y relajó sus músculos.

A pesar de lo cual, sólo se sintió seguro cuando ascendió a la cabina del camión, soltó el freno de mano y las puertas del almacén se abrieron, y avanzaron hacia el exterior.

Volvía a llover cuando el
«G. M. C.»

alcanzó la carretera panamericana, rumbo al Norte.

No hacía frío, pero el viento soplabla fuerte y azotaba los laterales del camión, con enorme violencia.

Hasta que se hizo de día, Dukes condujo a poco más de sesenta kilómetros por hora, pero cuando las primeras luces diurnas fueron suficientes para iluminar la ruta, apretó el acelerador, y el vehículo rodó a buena velocidad hacia la frontera.

Madison se asomaba frecuentemente a través de la ventanilla, y avizoraba hacia atrás, sirviéndose de los prismáticos.

—¿Los ves? —preguntaba Dukes, inquieto.

Pero, invariablemente, su ayudante respondía:

—Nada. No hay rastro del «Buick». ¡Ojalá se hayan estrellado a ciento cincuenta por hora!

Dukes se tranquilizó, puesto que las horas iban transcurriendo, y no surgía ningún incidente desagradable.

—Tal vez la policía mexicana capturó finalmente a ese par de bribones —imaginó.

El día, desapacible, no invitaba a viajar, y la ruta aparecía tan escasamente transitada por los vehículos, como en el viaje de ida.

Hacia las once de la mañana, Dukes y su ayudante se aproximaban a Villa Ahumada.

La carretera discurría a través de un bosque espeso de coníferas, cuyas copas sacudía violentamente el huracán.

El camión superó un poco pronunciado cambio de rasante y... apareció la camioneta, ardiendo a llamaradas en mitad de la carretera.

Dukes pisó el freno, mientras su camarada barbotaba una exclamación rotunda.

Fue todo muy breve y rápido. En el momento en que el camión frenaba a pocos metros del viejo vehículo incendiado, el «Buick» brotó de la espesura.

Dukes escuchó claramente el restallido de los disparos, y se arrojó fuera de la cabina y gritó a Hal:

—¡No te quedes ahí! ¡Tírate!

Dukes rodó brutalmente sobre el duro firme hasta caer a la alcantarilla, al borde del arcén.

Sacó la pistola, y asomó la cabeza unos centímetros.

Buck Katsum conducía como un energúmeno sobre el cortafuegos^[1], al tiempo que su «socio» sacaba medio cuerpo por la ventanilla y disparaba su metralleta, arrojando torrentes de plomo fundido sobre la cabina del camión.

El automóvil botaba violentamente sobre los terrones de la tierra roturada.

Dukes quería disparar contra los neumáticos del «Buick», con el fin de inmovilizarlo o entorpecer su marcha, pero el constante vaivén le impedía hacer puntería.

Entretanto, en mitad de la carretera seguía consumiéndose la furgoneta, sin que la lluvia —que continuaba cayendo abundante— pudiera apagar las llamas.

—La rociaron de gasolina, sin duda —imaginó Dukes.

El «Buick» apareció súbitamente a escasos metros. Y Gerty Banion le vio, y gritó algo a Katsum.

Dukes vio el rostro crispado de Gerty, sus labios apretados y el destello homicida de sus ojos.

Vio también la metralleta entre sus manos, dispuesta a escupir muerte. Y comprendió que, si no mataba a Gerty, el pistolero le acribillaría a balazos en su inútil refugio de la alcantarilla.

Alzó la pistola y apretó el gatillo, sin apuntar.

¡Y el disparo no se produjo!

Dukes rechinó los dientes de rabia y de impotencia. ¡Maldita suerte, que hacía posible el fallo de su pistola cuando más necesitaba de ella!

En un gesto desesperado, retiró el brazo y arrojó la inútil arma contra Gerty.

Banion exhaló un alarido, y soltó la metralleta. ¡El golpe de Dukes acababa de partirle el tabique nasal!

El «Buick» se detuvo al borde de la alcantarilla, y una de sus ruedas delanteras giró en el vacío.

Dukes vio a Katsum. Y Katsum le vio a él, a través del cristal parabrisas.

Ambos tuvieron el mismo pensamiento simultáneamente: ¡la metralleta de Gerty Banion!

Dukes saltó sobre el pretil de hormigón, y se zambulló con una pirueta increíble en el barrizal.

Gerty berreaba, colgado de la portezuela, y manoteaba en el aire, tratando grotescamente de alcanzar el arma caída a cuatro metros de distancia.

Entretanto, Buck había conseguido salir del coche, y se lanzaba hacia la metralleta de un salto, sin guardar la menor consideración hacia su elegante chaquetón de piel de borrego.

Cuatro manos se alargaron, ávidas, hacia el arma.

Dukes aferró el arma primero, pero Buck le asestó un cabezazo en pleno rostro, y agarró la metralleta por el cañón.

Sin pretenderlo, Dukes apretó el gatillo, y una andanada de disparos restalló en sus oídos.

Las manazas de Katsum soltaron el arma. Buck cayó de espaldas, y Dukes se inclinó de rodillas, arrojando sangre por boca y nariz.

Entretanto, Gerty había bajado del coche y se arrastraba sobre el barro, en dirección a Dukes.

Babeaba de dolor y de ira, y tenía rostro y cuello manchados de sangre. Pero tenía fuerzas aún para arrastrarse hacia el paralizado Dukes y sorprenderle por la espalda.

Briam yacía de bruces sobre el barro, incapaz de reaccionar, después del tremendo cabezazo que Katsum le había atizado en pleno rostro.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas y de barro, pero sus manos seguían aferrando la metralleta, de forma refleja.

A su espalda, Gerty atenazó entre sus manos un grueso terrón compacto, lo alzó y lo dejó caer sobre el cráneo de Dukes.

En una galopada impropia de su edad, llegó hasta ellos Hal Madison, que saltó sobre el barro y se dejó caer a plomo sobre la espalda de Gerty.

Banion soltó el terrón, y aulló de dolor al sentir aplastadas sus costillas.

Pero Madison sentía el furor más intenso en su corazón. Y el furor, mezclado con el miedo y la angustia, movieron sus grandes puños, de forma muy efectiva.

Gerty recibió la paliza más salvaje de su vida. Había perdido ya el conocimiento cuando Madison, fuera de sí, advirtió que el cuerpo que tenía entre sus manos estaba inerte.

Cogió la metralleta, se incorporó y encañonó a Katsum. Pero una ojeada más atenta le convenció de que Buck había encontrado una muerte terrible e instantánea, al ser perforado su cuello por más de cinco disparos.

Dukes se rebulló en el suelo, grotescamente cubierto de barro hasta las cejas.

—Vamos, vamos, compañero. —Hal le agarraba por la cintura, pero Briam, a pesar de su delgadez, pesaba demasiado—. ¡Arriba, por amor de Dios! Tenemos que huir o la policía de carreteras nos pillaré aquí, y llegará el Juicio Final, antes de que hayamos logrado explicarlo todo.

La lluvia caía sobre el rostro de Dukes, y le despejaba lentamente. Al fin, se asentó sobre sus piernas y dirigió una vacilante ojeada a su alrededor.

Entonces Hal se separó unos pasos, elevó la metralleta y disparó la última ráfaga contra el maletero del coche.

Los proyectiles de plomo blindado taladraron las planchas metálicas e inflamaron el depósito de combustible. La gasolina surgió en silbantes chorros, y un momento después ardía un área de veinte metros alrededor del coche.

Hal arrojó al fuego la metralleta, retiró el cuerpo de Gerty y ayudó a Dukes, que se arrastraba ya en dirección al camión.

Para entonces, el fuego se había apagado ya en la furgoneta que sirviera de cebo para conseguir que el

«G. M. C.»

se detuviera en la carretera.

Hal empujó a Briam hasta la cabina, y subió en pos de él.

No perdió el tiempo. Accionó la puesta en marcha, y el motor arrancó. Lentamente, Madison hizo avanzar el camión y empujó la retorcida chatarra de la furgoneta hasta arrojarla fuera del firme.

Aceleró, cambió de velocidad y se alejó de aquel lugar tan velozmente que el mismo Briam Dukes se hubiera sentido asombrado de su prisa, de no haber permanecido semiinconsciente, de bruces sobre la litera de la cabina.

CAPÍTULO XIV

El zumbido del timbre de la puerta despertó a Dukes.

Se alzó, miró a su alrededor, y comprendió que se encontraba en su habitación del hotel, en Delvis.

Miró el reloj y suspiró: ¡había dormido durante dieciséis horas seguidas!

Se vistió con torpeza, y se arrastró hacia la puerta.

—Han estado llamándole por teléfono durante toda la tarde, señor Dukes. Pero usted no debió oír el zumbido del teléfono. Por eso, el conserje me ha enviado con un recado: el señor Devine quiere verle en La Torre —dijo el botones, de un tirón.

—Bien —respondió Dukes. Cerró, la puerta y entró en el baño.

A las once y cuarto de la noche, bajaba de su habitación, pulcramente vestido.

¿Para qué quería verle Bob Devine a aquella hora? Dukes tenía derecho a un descanso de, al menos, veinticuatro horas y, por tanto, no entraría a trabajar hasta la mañana siguiente.

En Delvis, llamaban La Torre al edificio de veintidós plantas que Devine había hecho construir al final de Devon Street, una de las avenidas más importantes y vistosas de la ciudad.

Estaba cerca, a menos de un kilómetro de distancia, y prefirió ir andando. A unos doscientos metros del hotel, advirtió que un automóvil oscuro le seguía discretamente.

No se detuvo. Poco después penetraba en el lujoso vestíbulo de La Torre.

Era evidente que le estaban esperando, porque el portero le abrió inmediatamente la puerta, y le condujo hasta el ascensor, donde aguardaba un muchacho uniformado.

Bob vivía en el ático, cerca de setenta metros sobre el nivel del

suelo, donde se movían sus conciudadanos. Un capricho, una muestra más de su innata presunción.

El ático era inmenso, con pavimentos de mármol, lámparas doradas a cada paso y plantas tropicales por doquier.

Una puerta maciza, de nogal, labrada según el más escrupuloso estilo castellano, le permitió el paso, deslizándose silenciosamente sobre sus guías de acero.

Bob estaba en el espacioso y rico *living*, en compañía de dos jovencitas del King of Paradise. No era extraño suponer que Bob hubiera bautizado al club con el nombre que él mismo hubiera elegido para sí: Rey del Paraíso.

—Marchaos —dijo Devine, en cuanto apareció Briam. Y las chicas obedecieron, sumisas.

La puerta de nogal se cerró tan silenciosamente como se había abierto, y Devine apagó algunas luces hasta que la estancia quedó en una semipenumbra íntima y agradable.

—Siéntate, Briam —invitó el anfitrión—. ¿*Whisky*, ginebra, algún combinado, champaña...?

—Tomaré una copa de champaña frío —aceptó Dukes.

Bob fue al bar, sacó una botella, que abrió con exquisito cuidado, sacó dos copas y vertió champaña en ellas.

Vestía un traje muy bien cortado, y aparecía afeitado pulcro y fresco como una rosa. Olía a colonia cara, a tabaco y a limpieza física.

Se acercó a Dukes, se inclinó hacia él con las copas en la mano y... bruscamente arrojó el contenido de las mismas al rostro de Briam.

—Quiero saber qué hiciste con los lingotes —exigió con voz fría.

Dukes sacó un pañuelo y se secó la cara.

Luego se puso lentamente en pie y dijo, imitando el tono frío y flemático de Devine:

—Voy a romperte todos los huesos por esto, querido Bob.

Pero Devine se separó de él de un salto, y metió una mano en el bolsillo de su chaqueta.

—No lo hagas, Briam. Tengo una pistola. Y ahora voy a adaptarle un silenciador —advirtió.

Sacó el cilindro metálico, y lo adaptó a rosca sobre el cañón, con movimientos precisos, aunque un poco precipitados.

—Las puertas son muy fuertes y seguras, las ventanas están dotadas de doble cristal a prueba de balas, y el edificio está completamente insonorizado —le informó Devine—. Eso quiere decir que no saldrás de aquí, si no es con mi consentimiento. Voy a repetir mi pregunta, Briam: ¿qué hiciste con los mil lingotes de oro que había en otros tantos botes de pintura?

Dukes se dejó caer sobre el diván tapizado en cuero.

—Admiro tu sentido de la previsión, mi querido Bob. Siempre has sabido rodearte de las mayores comodidades y de las más exhaustivas seguridades. No dejas nada al azar, según veo. Pero te confiaste al hacerme responsable de un botín de una tonelada de oro en lingotes. Oro robado, además.

Devine tomó una silla, se sentó, cruzó las piernas y miró el rostro de Dukes a través del punto de mira de su pistola.

—No lo robé yo, pero admito que era oro robado. Yo sólo lo compré a mitad de precio. Pero no me obligues a preguntar siempre lo mismo. Repito, por última vez: —¿qué hiciste con mis mil lingotes?

Dukes dejó escapar una corta carcajada.

—Están a buen recaudo, Bob, no debes preocuparte por ello —se burló.

—Solicito humildemente que me expliques cómo lo descubriste —pidió Bob, con un leve temblor de labios.

—Tú tuviste la culpa. Enviaste contra mí a dos estúpidos pistoleros. Estuvimos a punto de despeñarnos, Hal y yo. Y en un bandazo, se abrieron las compuertas del capitoné, y cayeron varias cajas. Algunos botes se despanzurraron al chocar violentamente y... ¿necesitas que te lo explique todo con detalle?

—No es necesario. Sólo exijo que sigas el orden lógico de los acontecimientos.

—Yo tenía serias dudas sobre ti, y aquélla fue la gota que reboseó el vaso. Para dar esquinazo a tus asesinos, alteré la ruta, apreté el acelerador y llegué antes que ellos a El Paso.

—¿Y allí...?

—Mantuve una interesante conversación con un hombre llamado Craig. El me propuso la solución perfecta: sacar los lingotes de oro de cada uno de los botes que los contenían, y sustituirlos por lingotes de plomo, recubiertos de un leve baño de oro. Apenas

emplearon poco más de kilo y medio de metal precioso para recubrir los mil lingotes de plomo.

—Muy inteligente. —Bob hizo rechinar los dientes, tembloroso—. Pero sigue. Tienes buena voz, y le das a tu narración un tono muy ameno. No te detengas, por favor.

—Eres muy amable —dijo Dukes, sarcástico—. Pues bien, aquella noche llamé a todos los hoteles y albergues de El Paso, para averiguar dónde se encontraban tus matones, de forma que, al amanecer, nos fue fácil pasear el camión ante sus narices y ponerlos de nuevo a nuestra zaga. Y así llegamos a México, distrito federal, y dejamos el camión en manos de tus clientes. Pero tu llamada telefónica me hizo sospechar.

—¿Por qué?

—Demostrabas tanto interés y ansiedad por el camión y su carga, que comprendí definitivamente que tú estabas metido en el asunto hasta el cuello. No era lógico que te mostrases tan angustiado por un cargamento de pinturas que, además, estaba cubierto por el seguro. Pero hubo algo más...

—No te reprimas, querido Briam. Explícalo —dijo Bob, cuyo nerviosismo iba *in crescendo*, a juzgar por el temblor de su pistola.

—Cuando te expliqué los dos atentados criminales de qué habíamos sido objeto en la ruta, *tú no demostraste la menor sorpresa*. Lo cual significaba que tú estabas implicado, que estabas al tanto de cuanto nos había ocurrido a Hal y a mí —explicó cuidadosamente Dukes.

—¿Hay algo más que yo deba saber?

—Bueno, tus asesinos nos asaltaron a unos cien kilómetros de la frontera. Estuvieron a punto de matarnos, pero, por desgracia para ellos y para ti, no lo consiguieron. Katsum murió cuando trataba de arrebatarme una metralleta, y Gerty Banion está en poder de la policía mexicana que, paradójicamente, le acusa del asesinato de su «socio» y de contrabando de estupefacientes. No me extrañaría que Gerty citase tu nombre, Bob, y que ello te acarree ciertas complicaciones —especificó Dukes, con amable sonrisa.

—Yo sabré arreglarlo, no temas —aseguró Devine—. Ahora sólo falta que me digas dónde puedo recoger mis lingotes de oro.

Dukes no pudo evitar una irónica risotada.

—Están muy lejos de tu alcance, querido Bob. Pero estoy

dispuesto a satisfacer tu curiosidad si te avienes a saciar antes la roía.

—¿A qué te refieres? —Bob enarcaba una ceja, un tanto sorprendido.

—Está claro. Quiero saber por qué has intentado asesinarme en varias ocasiones —exigió Dukes.

—¡Ah, eso! —Devine sonrió, comprensivo—. Bueno, tú eras un tipo muy impulsivo y violento. Temí que algún día llegases a recordar cuanto ocurrió en el garaje y...

—¿Te refieres a la noche en que murió Bill Crane?

—¡Sí, sí! Yo os emborraché a los dos, os di a fumar marihuana, y os enfrenté. Compréndelo, Briam: Bill me estaba extorsionando, y se había vuelto peligroso para mí. Ocurrió con él algo semejante a lo que sucedió contigo: casualmente, Bill descubrió en la carga de su camión algo que nunca debió ver. Y lo utilizó para sacarme muchos miles de dólares, amenazando con denunciarme. Yo estaba ganando mucho dinero, y no podía permitir que Bill me arruinara. Así que...

—¿Por qué te detienes, Bob? También tu voz es sugestiva y agradable. Sigue.

—Le dije a Bill que tú te habías acostado con su hermana, y le sugerí que él podía hacer otro tanto con Jessie. El muy imbécil bebió tanto que, cuando le desafiaste a puño limpio, no podía tenerse en pie. Fue por el revólver, que yo había descargado previamente, porque lo que pretendía era que tú le matases a él, y no al revés. Pero tú fallaste.

—¿Qué ocurrió?

—Puse una magnífica navaja en tu mano, y te incité a matarle, después de que Bill intentase acribillarte, inútilmente. Te grité y te grité, pero incluso borracho y harto de marihuana, tú te resistías a clavarle la navaja.

—Supongo que hiciste algo.

—Sí. Estabais los dos agarrados. Sólo tuve que acercarme a ti por la espalda, agarrar tu muñeca y... ¡clavarla varias veces en el pecho de Bill! En la navaja *estaban tus huellas, no las mías*. Después hice desaparecer el revólver de Bill, cuando tú te marchaste.

Dukes se alzó del diván, pero Devine le obligó a volver a su asiento.

—Si tú me empujaste a la prisión, ¿por qué, entonces, me

enviabas dinero? —preguntó Briam, intrigado.

—Me había deshecho de ti y de Bill Crane pero tú saldrías algún día de la cárcel, y no quería dejar ningún cabo suelto. Así que procuré que tú tuvieras de mí la imagen de un amigo. Durante el proceso, apenas respondiste a las preguntas del fiscal ni del defensor. Pero aunque habías perdido parcialmente la memoria, yo desconfiaba. Quizá algún día volvieres a recordarlo todo, y vinieras a mí, con ansia de venganza. Por eso pagué a mis camioneros, a Sarah Crane y a Buck Katsum y su «socio» para que te eliminasen. Ellos han fallado, lastimosamente, pero yo no fallaré.

—¿Vas..., vas a matarme tú?

Devine retrocedió lentamente, sin dejar de encañonarle un solo momento. Siquiera por un instante, Dukes temió que Bob comenzase a disparar contra él inmediatamente.

Pero Devine sonrió, y negó con la cabeza.

—¿Matarte yo, querido Briam? Tú sabes que me horroriza la sangre y la violencia. Prefiero que otros maten por mí, te lo aseguro —afirmó.

Estaba junto al mueble-bar, e hizo un gesto semejante al de apretar un botón o algún contacto.

La puerta del fondo se abrió y apareció... el comisario Dolan.

—El se ocupará de ti —dijo Bob, señalando al policía.

Dukes se puso en pie.

—No puedo creerlo —exclamó en voz baja—. ¿Es posible que usted también sea un asesino, Dolan?

El comisario le miró con gesto inexpresivo.

—Devine me paga mil veces más de lo que jamás obtuve siendo un hombre honrado.

—¿Qué quiere? Todos tenemos un precio —dijo, triste.

—Lo siento por usted, Dolan —exclamó Dukes, con profundo pesar.

—¡Siéntelo por ti mismo, Briam! —gritó Bob, exasperado—. Porque no saldrás vivo de aquí. Sólo que, antes de morir, Dolan te arrancará el secreto que me interesa: ¿dónde están mis lingotes?

—¿Por cosa tan fácil te encrespas? Voy a decírtelo, sin necesidad de que Dolan me presione: el oro está en poder de la Reserva Federal. Craig se hizo cargo de él —declaró Briam.

Una intensa palidez cubrió las facciones de Bob Devine.

—¡Pero tú me dijiste que Craig era..., era...! —bramó, atragantándose.

—Es un policía federal, un agente del FBI. Fueron él y sus especialistas quienes cambiaron los lingotes de oro por los de plomo. ¿Dónde estuviste hoy, Bob?

—¿Qué diablos importa eso? —bramó Devine.

—Importa... porque mientras tú estabas fuera, llegó una furgoneta. Venían en ella seis hombres, encargados de realizar la limpieza de este lujoso ático. Sólo que eran unos empleados muy particulares, porque pertenecen al Departamento de justicia, es decir, al FBI. Eran Craig y sus especialistas. Han colocado micrófonos por todas partes. E incluso una cámara de televisión muy sensible, que ha grabado en video todo cuanto ha sucedido aquí, a partir de las diez de la noche —declaró serenamente Dukes.

Devine abrió la boca como si le faltase la respiración. Y de repente, alzó su pistola y apretó el gatillo.

Pero el disparo no se produjo. Devine alzó el arma y la contempló con expresión estúpida.

—¡Idiota! —exclamó Dukes—. Craig y sus especialistas «limpiaron» también el cargador de tu pistola.

Una ventana saltó hecha añicos, y un policía penetró por allí, con una metralleta en la mano.

También se abrió la puerta del fondo, y las hojas bellamente cinceladas de la del pasillo, por las que entraron otros cinco agentes federales.

En pocos minutos, los policías habían despejado el *living*. Dolan y Devine fueron esposados y empujados, hacia el pasillo.

Dukes cambió unas palabras con Craig, y finalmente abandonó también el edificio.

Demostraba una prisa terrible, cuando salió a la calle y se dirigió, sin vacilar, hacia la casa de Jessie Forrest.

Era tarde. Tal vez, Jessie durmiese ya.

«La despertaré, si es preciso —pensó—. Tengo que decirle que, al final, se han alejado las brumas que me envolvían, y que ahora soy yo mismo. Seré humilde, si es preciso, y escucharé sus reproches. Pero no puedo dejar de verla esta noche, ahora mismo». Subió los peldaños de cuatro en cuatro, y apretó el botón del timbre.

Jessie no dormía, Jessie le abrió la puerta.
Le miró con los ojos húmedos y brillantes y... comprendió.
Y dijo, en voz baja:
—No alces la voz, no hagas ruido. Nuestro hijo está dormido.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Franja de terreno roturado en los linderos de los bosques. < <